

HUMANITAS

ANUARIO DEL CENTRO DE ESTUDIOS HUMANÍSTICOS

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
PEROTECA



*Capilla Alfonso
Biblioteca Universitaria*

6



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN

1965

Reproducción familiar de la "Exposición al público sobre los asuntos de Tejas", por el C. Estevan F. Austin. Méjico, C. Sebring, 1835. 32 pp. Edición de seiscientos ejemplares numerados.

NOTA FINAL

Un nuevo Índice de artículos del historiador don Pablo Herrera Carrillo, más breve y preparado posteriormente a este trabajo, publicará en el transcurso del presente año en la Revista *Abido*, que dirige don Alfonso Junco.

LA TRAGEDIA DE TLAXCALANTONGO

JOSÉ P. SALDAÑA

Primera Parte

AL INICIARSE EL AÑO DE 1920, se precipitaron los acontecimientos políticos. Los rumores alarmantes invadían hogares, empresas particulares, espectáculos, cuarteles, oficinas públicas, sin dejar un rincón en calma. No podía distinguirse entre la noticia verídica y la falsa, formándose un clima de intranquilidad tan tenso, que fue paralizándose actividades en espera de lo peor.

Se abrió proceso en contra del general Obregón por incitar a la rebelión. Existían en poder del Gobierno pruebas plenas de sus actividades subversivas. Había formalizado con los rebeldes más connotados compromisos para un futuro próximo. En el plan estaban comprometidos los generales Manuel Peláez, Francisco Villa, Juan Andreu Almazán, Alberto Pineda O., Félix Díaz, Genovevo de la O., Saturnino Cedillo y los más destacados jefes zapatistas, formándose con todos ellos una amalgama en la que participan las más encontradas opiniones políticas: Felixistas, Zapatistas, Villistas, neutralistas de Oaxaca, predominando los rebeldes que, como Félix Díaz, Manuel Peláez y Juan Andreu Almazán, no aceptaban la Constitución de 1917. Eran pues contrarios de Carranza, considerándolo como el Bahuarte más fuerte de la Constitución.

Sin embargo de esta contradicción de carácter político doctrinario, puesto que el general Obregón había peleado con denuedo, valor y estrategia meritoria por la Revolución Constitucionalista, y consecuentemente por la Constitución, no tan sólo aceptaba la colaboración de individuos ideológicamente contrarios a sus principios, sino que él los había invitado.

Descubierta su trama y considerando su situación peligrosa, logró fugarse de la Ciudad de México llegando a la zona controlada por el general Fortunato Maycotte, cuyo radio de acción abarcaba el Estado de Guerrero. Como

el gobierno reclamara a Maycotte la entrega del general Obregón, asumió una actitud de rebeldía negándose a entregar a quien ya juzgaba no tan sólo su amigo, sino su jefe, y consecuentemente, fue el índice de los próximos sucesos.

Entre tanto persistía la actitud intransigente del gobierno de Sonora a cargo de don Adolfo de la Huerta, quien reclamaba respecto a la soberanía del Estado que se decía amenazado, con motivo de la proximidad de las fuerzas del general Manuel M. Diéguez.

De acuerdo De la Huerta con el general Plutarco Elías Calles, que había renunciado como Secretario de Gobernación y se encontraba en Hermosillo, lanzó el llamado Plan de Agua Prieta con fecha 23 de abril de 1920. A partir de este momento, se sucedieron los acontecimientos en forma vertiginosa.

La situación del país había sido preparada hábilmente por los obregonistas. Con inteligencia se hizo uso de toda clase de recursos publicitarios para llevar a la mente del pueblo la idea de que don Venustiano Carranza trataba de imponer como su sucesor al ingeniero Ignacio Bonillas, pisoteando los ideales de la Revolución, que establecían como premisa inviolable el respeto absoluto al voto ciudadano.

Por otra parte, emisarios perfectamente instruidos se distribuyeron en todo el país visitando a los gobernadores y a los jefes de armas para tratar con ellos la necesidad de un cambio radical en la situación política del país, a cuyo efecto se les invitaba para que hicieran causa común con la Revolución que se estaba preparando. Llegado el momento de los hechos, las desertiones de los jefes militares fueron consumándose al grado de que en unos cuantos días el 80% de las fuerzas militares estaban contra el Gobierno Federal.

El general don Pablo González tenía a sus órdenes en el Valle de México y en Puebla alrededor de 22,000 hombres. Había esperado la posibilidad de un entendimiento con don Venustiano, pues también, como el general Obregón, era candidato a la Presidencia de la República. Cuando se convenció de que no había posibilidad de llegar a un acuerdo, los 22,000 hombres se rebelaron colocando al gobierno en situación sumamente crítica.

Sucedía eso precisamente en los primeros días de mayo. El día 6, reunido don Venustiano con sus Secretarios de Estado, tomaron el acuerdo de evacuar la Ciudad de México y establecer el gobierno provisionalmente en el Puerto de Veracruz. Consecuentemente debía prepararse con la premura que el caso demandaba todo lo necesario para emprender la marcha por la vía del Ferrocarril Mexicano.

Ese día 7 de mayo marcó una etapa en el reloj del tiempo, que significaba históricamente el cambio radical de una situación política que llegaba a su fin. Aun cuando don Venustiano sintió en propia carne cuanto estaba sucediendo, era de tal contextura su carácter que, a pesar de la gravedad de la situación, actuaba serenamente abarcando todos los pormenores de una penitencia evacuación de los Poderes.

En su fuero interno alimentaba la convicción de que regresaría a la capital triunfante. Seis años antes había pasado por trance semejante. Fue a instalarse a Veracruz y volvió un año después con los honores del triunfo. Entonces aceptó el desafío de la Convención Militar reunida en Aguascalientes, que significaba la enorme fuerza de la División del Norte al mando del ya famoso general revolucionario Francisco Villa, con quien hacían causa común ameritados revolucionarios como el general Eulalio Gutiérrez, más los contingentes desafectos de tiempo atrás: zapatistas, cedillistas y grupos de variadas ideologías que operaban en diversos lugares del país.

Pensaba en el buen juicio del pueblo mexicano. Sabía que el sacrificio de su bienestar por la conquista de los principios democráticos lo haría reaccionar favorablemente al ser informado de los móviles de aquel movimiento militar que trataba de arrebatárle el poder.

¿Qué era lo que él pretendía? Acabar con el militarismo, razón de ser de todas nuestras desventuras. No era posible aceptar el retroceso que significaría instalar en la Presidencia de la República a un militar, por muchos que fuesen sus méritos revolucionarios. No negaba que tanto Álvaro Obregón como Pablo González habían servido con entusiasmo, sacrificio e indiscutible mérito a la causa, pero sería correcto incurrir en el mismo error que se trató de corregir? Él creía sinceramente que no, y abrigaba la seguridad de que el pueblo acabaría por seguirlo para instaurar definitivamente el civilismo.

Decidido el rumbo a seguir, se dieron las órdenes del caso. Todo el día 6 se multiplicaron las actividades febrilmente. La salida de la estación del ferrocarril debería efectuarse a las 7 horas del día siguiente. Se alistaron 30 largos trenes atiborrados de soldados, civiles, caballos, cañones, fusiles, parque, archivos, máquinas contables y cuanto es menester para combatir y para instalar oficinas. Uno de los carros contenía el tesoro del gobierno: oro, plata, timbres de correo y para documentos. Incitante cargamento que constituía un peligro más.

A la hora precisa se instaló don Venustiano en el carro presidencial. Lo acompañaban varios de sus ministros, generales, y funcionarios de todo orden. La confianza en llegar a Veracruz era firme, al grado de que algunos de los funcionarios llegaron acompañados de sus esposas.

Cambió pronto el panorama. La confianza se transformó en incertidumbre hasta llegar al temor. Los trenes no se movían. Las órdenes no eran debida-

mente atendidas. Algo fallaba en la gran expedición. El personal ferrocarrilero no actuaba en debida forma, provocando confusión en los movimientos. Cerca de las diez horas don Venustiano dió órdenes terminantes para que salieran los trenes de cualquier manera. Tres, cuatro trenes principiaron a moverse, y tras de ellos el que conducía a don Venustiano y a los personajes más allegados. Hubo un respiro de alivio.

La situación, sin embargo, era más seria de lo que se suponía. Estaban listos en los trenes cerca de diez mil hombres armados. Apenas si lograron salir la mitad. El resto con impedimenta, caballos, parque, y armas allí se quedaba. Las vías estaban embotelladas. Sin duda alguna el sabotaje había surtido sus efectos.

En esos precisos momentos entraban por las calles de México las tropas comandadas por el general Jacinto B. Treviño. Fue para él cosa fácil detener definitivamente los trenes. Algunos de los jefes militares dispuestos a la evacuación se inclinaron de inmediato a la revolución, otros se dejaron aprehender, y la situación quedó en manos de los rebeldes. Perdió así el gobierno la mitad de sus efectivos de hombres y de armas. Con ello se minó sensiblemente la moral de quienes lograron salir de la estación.

Lentamente se alejaban los trenes convertidos en reductos de la legalidad. Al enfrentarse a la Villa de Guadalupe se incorporó un escuadrón de alumnos del Colegio Militar, al mando del coronel Rodolfo Casillas. Un centenar de muchachos bien montados y armados, habían marchado del colegio hasta aquel lugar. Rápidamente fueron colocados los caballos en carros adecuados, y los cadetes ocuparon el lugar que se les designó en la retaguardia.

En medio de toda clase de dificultades, por la tarde llegaron los trenes a San Juan Teotihuacán. En ese lugar don Venustiano ordenó alto para hacer un balance rápido de las pérdidas sufridas y acordar con los generales Urquiza y Murguía la mejor forma de proteger la marcha. Momentos después continuaba el penoso éxodo llegando a la mañana siguiente a la estación de Apizaco.

Había designado Carranza al general Murguía como General en Jefe de las Fuerzas, y de acuerdo con él se pasó revista a los 5,000 hombres que le restaban, sumados algunos contingentes que procedentes de Puebla y Tlaxcala se le unieron en ese mismo lugar. Al lado del general Murguía, Carranza, montado a caballo, pasó revista a la tropa. Escuchó sereno, impertérrito, la marcha de honor. Los jefes y los soldados se cuadraban para saludarlo, y allá en la retaguardia estaba el escuadrón de los Cadetes del Colegio Militar, serenos, erguidos como si se tratara de una simple revista que efectuaran dentro de los patios de su amado colegio.

Poco tiempo después se escuchó una tropelía procedente de Tlaxcala. Venían al ataque del tren, pero fueron rechazados con grandes pérdidas, disponiendo entonces Carranza que continuara la marcha.

Acercándose a San Marcos, es atacado el convoy y de nueva cuenta rechazado el asalto. Había la seguridad de que esa situación continuaría en el largo trayecto que los separaba del Puerto de Veracruz. En efecto, ya en San Marcos se trabó nuevo combate, correspondiendo la principal operación a los Cadetes del Colegio Militar, que con valor admirable lograron rechazar al enemigo.

Peroctaron en San Marcos para continuar adelante en la mañana siguiente con multitud de dificultades, pues faltaba agua y combustible. El problema se acrecentaba a medida que el tiempo transcurría, y la situación se transformaba de mala en grave.

Cundía el desaliento entre los civiles y la desmoralización en la tropa. Se habían recibido noticias fidedignas de que una columna compuesta de 5,000 hombres, al mando del general Jacinto B. Treviño, avanzaba reparando los puentes y las vías que de propósito eran destruidos por los leales, que a toda costa trataban de alargar la distancia.

Había recibido don Venustiano un mensaje del general Obregón enviado por conducto del general Luis T. Mireles, ofreciéndole garantías para que llegase a Veracruz, con la condición de que se embarcaría al extranjero previa renuncia que hiciese como Presidente de la República.

Semejantes mensajes recibió también directamente del general Jacinto B. Treviño por órdenes de los generales Obregón y González, agregando él por su cuenta que en atención a la amistad que los había unido durante la Revolución Constitucionalista, deseaba que se pusiera a salvo, pues era su propósito no dañar su persona.

Aquellos mensajes parecían dirigidos a alguien distinto a don Venustiano. Bien lo conocían Obregón, González y Treviño, y sabían perfectamente que jamás don Venustiano abandonaría a sus amigos y jamás renunciaría a la Presidencia de la República, pues su fortaleza de carácter era de tal magnitud que antes de llegar a esos extremos habría de sucumbir. A media noche del 10 de mayo continuó la procesión de trenes rumbo a Rinconada. Las dificultades se accentuaron en razón a que las máquinas ya no respondían a la urgencia del camino. Agua y combustible hacían falta.

Apenas entraban los trenes a Rinconada, cuando se inició el combate de mayor categoría de los que habían tenido lugar hasta entonces. Mandaba las fuerzas de ataque el general Luis T. Mireles, que había aumentado sus contingentes con los hombres del general Barbosa.

Procedió de inmediato Murguía a dictar las órdenes del caso para repeler a los atacantes. Exploró con su escolta una loma vecina desde donde podía abarcar el panorama, dándose cuenta de que la acción iba en serio. El enemigo se desplegaba en forma simultánea tratando de envolver en una línea de fuego a los trenes.

La caballería, al mando del general Eliodoro Pérez, se lanzó con intrepidez sobre el flanco izquierdo del enemigo, que trataba de romper la primera defensa. Pudo contenerlo haciéndole numerosas bajas. Por el frente y el flanco derecho entraron en acción las infanterías al mando de los generales Urquiza, Mariel, Millán, Olvera y otros más, maniobrando con unidad y eficacia.

Con alternativas propias de estas acciones de armas, tan pronto la situación favorecía al gobierno como se tornaba grave.

El mayor ímpetu del enemigo, pasado mediodía, se dejaba sentir por el lado de la loma. Habían emplazado cañones y ametralladoras, amenazando seriamente la estabilidad lograda al derrotar a los contingentes del frente y del flanco derecho. Advirtió Murguía el peligro, procediendo, con la celeridad que el caso demandaba, a encabezar un contraataque. Manióbró con ímpetu y rapidez, logrando, después de media hora de terrible pelea, destrozarse al enemigo, apoderándose de los cañones y ametralladoras, y haciendo cuatrocientos prisioneros.

En medio de la hornaza de aquel combate, con su habitual aplomo don Venustiano recorría a caballo la línea de fuego, inyectando a la tropa el optimismo que ya le estaba faltando. Su presencia en los lugares de mayores riesgos daba ánimo y confianza a los soldados. En una de esas correrías una metralla mató al caballo que montaba don Venustiano. Sin que su semblante cambiara de expresión montó en otro, continuando la inspección.

Cuando ya caía la tarde el combate se había decidido a favor del gobierno, un desesperado intento de los rebeldes fue dirigido por la retaguardia. Allí estaban los cadetes, serenos, con las armas preparadas, esperando estoicamente la acometida del enemigo, y cuando lo tuvieron a corta distancia, a una orden de fuego respondieron con ráfagas de fusilería que materialmente barrieron con las caballerías asaltantes. Los que no quedaron tendidos en el suelo huyeron.

Don Venustiano regresó a su carro en medio de aclamaciones entusiastas y del bélico resonar de las bandas de guerra. Pensaba que había madera entre sus gentes, que por valor y decisión no se perdería la contienda. Otros elementos operaban decididamente en su contra: la multiplicidad de los combatientes enemigos, y muy especialmente la imposibilidad física para continuar la ruta trazada. Cada hora, cada minuto, acercaba la catástrofe. Las máquinas carecían casi por completo de agua y de combustible. De poco servían las argucias para suplir lo que no tenía reemplazo.

El triunfo de Rinconada no había sido de aquellos que consolidan una situación o que llevan a la mente a los triunfadores la idea de que han logrado cimentarse en forma tal que difícilmente puedan ser abatidos. Aquel triunfo no significaba otra cosa que un período de respiro, ya que no se sabía cuánto habría de durar, pero que se adivinaba no sería por largo tiempo. Amaneció el día 12 en Rinconada la hilera de trenes, cuya incapacidad para la marcha era manifiesta. Se echó mano de recursos inimaginables para llenar los tanques, a base de maniobras en que se emplearon cientos de personas acarreamos agua en cubetas. No podía ser la situación más apremiante.

A lo lejos se veían los penachos de humo levantarse al cielo salidos de las locomotoras que traían las fuerzas del general Treviño. Parecía que estaban ansiosas de alcanzar al tren presidencial y en ello se empeñaban multitud de hombres que reparaban puentes y rieles, ya que tenía el propósito el general Treviño de caer sobre los trenes casi desmayados, muchos de ellos ya sin poder caminar, para destrozarse de un solo golpe los contingentes de la legadad.

En este punto dejó la palabra al general Jacinto B. Treviño, que transcribo de su libro *Memorias*. En la parte conducente dice así:

"Transcribo a continuación el contenido del histórico documento, para que la posteridad juzgue si hubo o no buena intención de parte de sus firmantes. Dice así:

'Al C. General de División Jacinto B. Treviño. Presente.—De común acuerdo los abajo firmantes, hemos dispuesto que salga usted acompañado de un grupo no mayor de diez jefes y oficiales, que formarán su Estado Mayor, y con el mayor número de fuerzas a sus órdenes, hacia el lugar donde se encuentre el convoy del señor Carranza, y encaminará usted sus mayores esfuerzos para salvaguardar la vida del propio ciudadano. Al efecto, le hará usted saber por medio de un propio el motivo de su comisión, transcribiéndole el contenido de esta orden y sugiriéndole además que se coloque en lugar seguro, fuera del campo de la lucha.—México, D. F., mayo 10 de 1920. Firmado, General Alvaro Obregón.—Firmado, General Pablo González.'

Como complemento de lo anteriormente dicho, incluyo en estas páginas en copia fotostática, el boletín publicado en "El Universal" el propio lunes 10 de mayo de 1920.

Me trasladé de inmediato a San Mateos, pues el convoy del señor Carranza se encontraba detenido en Rinconada, donde había sido hostilizado por algunas partidas rebeldes, sin poder avanzar gran cosa por la falta de combustible y agua para sus máquinas. Ya en este punto y

después de haber comenzado una rápida concentración de tropas llevadas de México y Puebla (infantería y caballería), pues la artillería debía incorporarse más tarde para el caso de que se hiciera necesario el empleo de esta arma; al mismo tiempo dicté a mi Secretario Particular, señor Ruiz Cortines, un oficio dirigido al señor Carranza, con propio especial, transcribiéndole el contenido del documento preinserto, agregando yo al calce del mismo estas palabras: 'El hombre que apenas hace unas días se presentó ante usted para expresarle su propio sentir sobre la situación político-militar en nuestro país, viene hoy a participarle, por una parte, los buenos deseos de los jefes del movimiento hacia usted en lo personal, y por lo que a mí concierne, debo hacer de su conocimiento que tan sólo he aceptado esta comisión porque entraña la única forma de poder hacer yo el mayor esfuerzo en favor de su persona en reconocimiento de nuestra antigua amistad y de nuestra común ideología revolucionaria sostenida a través de tan prolongadas luchas, que usted supo encabezar desempeñando el importantísimo y difícil puesto de ser nuestra Jefe. Firmado, Genl. Jacinto B. Treviño'.

En la tarde del día 11 de mayo fue enviado el documento de referencia al señor Carranza, desde San Marcos, quedando yo en espera de su contestación, aunque el conocimiento que yo tenía del hombre me hacía pensar que él nunca podría aceptar separarse de los suyos, abandonando a éstos en el peligro; así sucedió, pues el propio señor no dio contestación alguna; por lo tanto, suponiendo yo que tal vez el remitido no hubiere llegado a sus manos, el día 12 volví a enviarle una copia del mismo, por el mismo conducto, siendo el resultado el mismo, es decir, sin contestación; procedí entonces a comunicar el resultado a México a los jefes del movimiento, pero teniendo cuidado de enviar por tercera vez copia del documento, habiendo tan sólo recibido en esta ocasión la nota breve que decía así: 'Pasa a su destino.—Capitán Rodríguez.—Avanzada de Retaguardia'. TAMPOCO HUBO CONTESTACIÓN.

Durante la noche del día 12, recibí un mensaje telegráfico de México, firmado por ambos jefes del movimiento, que decía: 'En vista actitud señor Carranza, asuma usted el mando de todas las fuerzas y disponiendo lo necesario, ataque usted el convoy del propio señor, rindiendo parte del resultado'.—Firmado, A. Obregón.—Firmado, P. González.

El día 13 me dediqué a proyectar un plan de ataque que dicté personalmente a mi Secretario Particular, C. Adolfo Ruiz Cortines, comprendiendo las órdenes de marcha y movimiento de todas mis fuerzas hacia Aljibes, Puebla, lugar hasta donde había podido avanzar el convoy, más allá de Rinconada.

En este plan dispuse que se formaran tres columnas de infantería

con sus jefes respectivos, saliendo de San Marcos a las 4 de la mañana en jornada lenta, para no fatigar a la tropa antes de que entrasen en combate y paralelamente marchando las columnas hacia el mismo objetivo. Dispuesta y cumplida en tal forma la marcha, pugnábame por disminuir el fondo para poder disponer de todos los contingentes en un momento dado. La caballería debería situarse a los flancos de las columnas.

En el mismo plan de ataque estuvo previsto el caso de que el enemigo se hubiere desplazado adelante de Rinconada, y por lo tanto, todas las columnas, una vez que hubieren llegado a este punto, deberían hacer alto y esperar nuevas órdenes. Por la vía telegráfica ordené al General Guadalupe Sánchez que avanzara hasta tomar contacto por el frente del enemigo.—Venía éste, con sus huestes desde Veracruz.—Hacia las 10 horas del día 14".

La noche impuso un silencio lleno de sobresaltos, se tomaron todas las precauciones del caso para evitar una sorpresa: avanzadas, retenes, vigilancia móvil, y cuanto constituyen recursos para estar alerta en cualquier momento.

El triunfo, que en otras condiciones hubiera sido definitivo, en este caso resultaba muy relativo. Ya se tenía la certeza de que el general Guadalupe Sánchez, dominando con más de doce mil hombres Veracruz, había aceptado el Plan de Agua Prieta y a marchas forzadas avanzaba rumbo a los trenes del gobierno. Y a la espalda, sobre la misma vía férrea, el general Jacinto B. Treviño trataba también de darle alcance con más de diez mil hombres, bien pertrechados, y disponiendo de numerosas ametralladoras y cañones. Su fuerza la integraban varios regimientos de caballería, batallones de infantería, secciones de artillería, zapadores, y cuanto es menester para combates formales.

Para don Venustiano aquella situación incierta significaba la necesidad de cambiar de planes; pero no dudaba en salir con bien de todo.

Cerca de mil civiles, funcionarios, empleados de todas categorías, y familias, pasaron la noche dormitando apenas. La prueba había sido terrible. Ya sus energías decrecían de tal manera, que no tenían alientos ni para comer. Se abandonaban a lo que Dios quisiera.

No muy alta estaba la moral de la tropa. Con su sentido del peligro inminente esperaban resignadamente los acontecimientos.

Amaneció el día 12. Principió el ajetreo especialmente para abastecer a las locomotoras de agua. Se formó una cadena de hombres que se pasaban de uno a otro baldes de todas formas y tamaños, para surtirlos de agua de un depósito cercano.

Larga y tediosa la tarea, implicaba para todos una esperanza, pero no podía

disponerse de tanto tiempo como para pasarse todo el día. Era indispensable avanzar, aun cuando ello significara perder elementos.

Cambió impresiones don Venustiano con los principales jefes militares, y resolvieron, a eso del mediodía, abandonar seis o siete trenes. Se bajaron caballos, equipos de fácil transporte, infanterías, y quedó en aquel lugar lo que no fue posible llevar. También quedaron allí, encerrados en un vagón, los prisioneros.

A eso de la una de la tarde principiaron a resoplar estrepitosamente las locomotoras. Nuevo intento de avance y nuevo respiro de alivio para todos. Muy relativo era el descanso mental, cuando todo hacía presagiar que continuarían los combates. Sin combustible y sin agua no podrían llegar muy lejos.

Los militares apreciaban con más certeza la gravedad de la situación. Se encontraban prácticamente a merced de dos columnas, que podían moverse libremente, cada una de ellas disponiendo de mayor número de soldados, de mejores armas, y de superior espíritu combativo, puesto que formaban parte de los triunfadores. No podían disimular su inquietud, y si no claudicaban era en homenaje a don Venustiano, que no perdía su seriedad ni su fe en salir de aquella situación.

Los cambios de impresiones entre don Venustiano y los generales que lo acompañaban se habían transformado en permanentes, mientras los trenes con lentitud desesperante avanzaban. Dentro de un ambiente de angustia llegaron a Los Aljibes.

La lluvia caía torrencialmente y la noche dramatizaba aquel panorama. La obscuridad se convirtió en cortina negra impenetrable a las miradas escudriñadoras de los centinelas. Silencio, cansancio, agobio físico y espiritual, y no muy lejos aullidos lastimosos de perros asustados.

Pasó la noche y amaneció el día 13, pero la angustia aumentó. Ya no era tan sólo la desesperación de los civiles, sino también la intranquilidad de los militares. Pelearían, ese era su deber ¿pero cómo lograrían deshacerse de los innumerables enemigos que por todos lados los acosaban?

Se sentía en el ambiente la inminencia de la embestida. Guadalupe Sánchez, seguramente ya muy cerca, Jacinto B. Treviño a unos cuantos kilómetros sobre la misma vía férrea; Mireles, Barbosa, Higinio Aguilar, Lagunes, Gabay y algunos más que acudirían para hacer méritos. Adelante la vía estaba levantada en largos tramos; atrás Treviño, ansioso de llegar a la debacle. Estaban encerrados en una peligrosa ratonera.

Así veían la situación los militares. Y así la apreciaba don Venustiano y sus consejeros. Habían decidido abandonar los trenes librándose de cuanto significaba un lastre y una exposición innecesaria, como era el caso de los civiles.

Resuelto el problema, procedió don Venustiano con el asesoramiento de Urquiza y Murguía a ordenar las condiciones de marcha. Formar el itinerario, que no sería ya con el rumbo de Veracruz. Se habló de los lugares que ocuparía la caballería, de la formación de la infantería, del traslado de ametralladoras, y aun de la posibilidad de llevar cañones de montaña. Se previó lo urgente, lo indispensable, lo que permitiera una marcha pie a tierra lo más ligera y práctica.

No fue posible iniciar siquiera los preparativos. A eso de las diez de la mañana principió la primera etapa de lo que habrá de ser una positiva hecatombe.

En formación de combate apareció la caballería enemiga por el rumbo de Veracruz. Posiblemente se trataba de las avanzadas de Guadalupe Sánchez. A su encuentro salió con sus bravos jinetes Heliodoro Pérez. Se batieron ambos bandos con denuedo, tratando cada quien de ganar la contienda a toda costa. Correspondió el triunfo a las fuerzas del gobierno, después de media hora de sangrienta batalla.

Entre tanto, por el frente y el flanco derecho el empuje de las infanterías se manifestó arrollador, encontrando una sólida resistencia de los defensores, que ayudados por un centenar de ametralladoras estratégicamente emplazadas, hicieron centenares de bajas.

Cuando el encuentro era más enconado, el coronel Ruiseco, con un regular contingente de soldados, se pasó al enemigo, produciendo su acción algún desconcierto, pues el sector que cubría quedó desamparado. Rápidamente llegaron otros contingentes, sirviendo aquella repugnante acción de acicate a los leales, que con mayor coraje arrieron la pelea.

Deshecha la caballería enemiga, siguieron las infanterías tenaces en la batalla a pesar de las enormes pérdidas sufridas, pensando tal vez que reorganizadas regresaría, o que otros grupos les darían auxilio. Mediada la tarde, después de cinco horas de combate, optaron por retirarse. Sin posibilidades de perseguirlos fueron alejándose sin prisa hasta perderse a lo lejos.

Correspondía agregar otro triunfo, pero éste no había producido el efecto de los anteriores. El espíritu de civiles y militares estaba anonadado, sin fuerzas ya para reaccionar con optimismo. Los civiles llenos de pánico habían buscado refugio en las pobres casas de la ranchería, y los militares, aun los de alta graduación, guardaban una actitud discreta, de reserva forzada, que a las claras hablaba de intranquilidad.

De regreso a su carro don Venustiano no encontró el ambiente amable de ocasiones anteriores. Sus allegados, militares y civiles: Murguía, Urquiza, Ba-

rragán, Marciano González, Mariel, el licenciado Luis Cabrera, el licenciado Manuel Aguirre Berlanga, don Manuel Amaya, todos reflejaban en sus semblantes profunda preocupación. El triunfo no era, según ellos, más que un pequeño paréntesis confortante enlutado con la muerte del valiente y pundonoroso general Millán. Sereno don Venustiano escuchaba a unos y a otros estando de acuerdo en que se imponía abandonar los trenes. Ya había dado instrucciones a Urquiza y a Murguía para que a las primeras horas de la mañana se emprendiese la expedición pie a tierra. Se buscaría el rumbo de la sierra de Puebla para encontrar el camino hacia el Norte, tal vez por Hidalgo.

Así terminó aquel día 13 de mayo, que en otras circunstancias hubiera constituido la culminación provechosa de una serie de triunfos.

Trabajosamente la luz del nuevo día iba dispersando la oscuridad. Muy temprano reanudaron sus actividades Urquiza y Murguía, aprovechando los débiles resplandores de una perezosa alborada. Era necesario preparar caballos, mulas, carros de cualquier clase para acomodar armas, parque, archivos, dinero, y cuanto fuese posible llevar.

Cuando por fin la luz se impuso, encontró a los generales responsables de las maniobras en un ajeteo agotador, auxiliados por oficiales y soldados. Se bajaron de los vagones cajas conteniendo toda clase de elementos, algunas repletas de monedas de oro. Se habían preparado dos o tres carromatos, mulas y caballos. Las operaciones caminaban en buena forma ¿y las providencias de defensa? Se habían olvidado. Ciertamente que por todos rumbos había sosiego. No se advertía signo alguno que indicara la proximidad del enemigo.

Tanto empeño se había puesto en las actividades para la evacuación de aquel lugar pie a tierra, que se descuidaron las precauciones indispensables para el caso de una sorpresa. Las loberas ocupadas el día anterior por los infantes estaban casi abandonadas; los retenes de la derecha y del frente poco numerosos; las caballerías de Heliodoro Pérez cubriendo la banda izquierda, sin la debida formación.

No se pensaba en combatir. Aquellos preparativos indicaban claramente que otra era la decisión tomada. ¿Hacia dónde irían? ¿Cuál la suerte que los esperaba en aquella incierta aventura? Quebrantado el espíritu de los soldados por una parte, y por la otra ocupados muchos de ellos en las labores de aprovisionamiento, apenas si se dieron cuenta de que a galope se acercaban las caballerías de Guadalupe Sánchez.

Cuando se dio la voz de alarma ya estaban los atacantes a tiro de fusil. Se les recibió con débil resistencia, que no correspondía a la vigorosa del día

anterior. Heliodoro Pérez cargó con su caballería logrando contenerlos; pero nuevas formaciones, que pasaban de dos mil hombres, más los contingentes de infantería que iniciaban por la derecha su acometida presionaron en tal forma que destrozaron las líneas de defensa por completo. La confusión fue creciendo hasta convertirse en pánico. El sálvese quien pueda invadía el ambiente.

De nada servía el empeño de Murguía por detener a la gente. Nadie obedecía órdenes. Los demás generales: Urquiza, Olvera, Mariel... gritaban tratando de contener la avalancha, pero todo era inútil; la desbandada había adquirido perfiles catastróficos. No quedaba nada que hacer, la batalla estaba irremediablemente perdida.

En tanto que Urquiza y Murguía convencían a don Venustiano para abandonar el lugar, los cadetes del Colegio Militar y los soldados de Pérez peleaban empeñosamente para detener el final lo más que fuese posible. Por fin una pequeña columna se desprendió por el lado izquierdo. Era don Venustiano en marcha hacia la sierra.

La resistencia débil, esporádica, no cesaba, en contraste con el asalto cada vez más vigoroso del enemigo, que empleando a fondo sus efectivos usaba fusiles, ametralladoras y cañones. El estruendo de la refriega era infernal, y el repliegue de los defensores cada momento más y más desastroso hasta llegar a utilizar los furgones como parapetos. Algunos de ellos, alcanzados por las metralhas, ardían. Los gritos de los asaltantes se mezclaban con los quejidos de los heridos, y la confusión llegó a tal grado, que los soldados, abandonados a su propia iniciativa, fueron rindiéndose por centenares a la vez.

Aprovechando la embriaguez del triunfo de los rebeldes y la confusión del momento, el coronel Casillas ordenó un movimiento de flanco para alcanzar la desmembrada columna que seguía a don Venustiano. Cosa semejante hizo el general Heliodoro Pérez con unos cuantos de sus soldados.

Entre los leales se destacaba la figura arrogante del general Lucio Blanco. Sobre brioso caballo acudía a los lugares de mayor peligro animando a los soldados con su ejemplo de valentía.

Había pasado el tiempo de sus memorables cargas de caballería, allá por las planicies de Sinaloa y Jalisco, así como por las verdes campiñas de Guanajuato, Querétaro y Aguascalientes.

Con sus veintidós mil hombres dio a Obregón, General en Jefe de la División del Noroeste, los más brillantes triunfos. Eso fue durante la Revolución Constitucionalista, en los años de 1913 y 1914.

Después vino la Convención de Aguascalientes, y con ella la división de los revolucionarios. Lucio Blanco quedó con la mayor parte de las caballerías que comandaba, al lado del general Eulalio Gutiérrez, designado por la Convención Presidente de la República, desconociendo desde ese momento la autoridad máxima de don Venustiano Carranza.

En la nueva contienda el general Obregón se afilió a las huestes de Carranza. Los antes compañeros de lucha se situaron en campos diversos. Para Obregón la actitud de Blanco merecía los más duros epítetos y jamás le perdonó que lo hubiese abandonado en momentos tan difíciles, privándolo de contingentes valiosísimos.

Las vicisitudes terribles de aquella época de cruda violencia, que abarcó 1915 y 1916, dejó a Obregón en el pináculo de la victoria y a Blanco en el destierro, que don Venustiano suspendió en 1918, sin que ello significara su completa rehabilitación.

Al romperse las hostilidades entre Carranza y Obregón, el camino para Blanco estaba claro. Se sumó a los contingentes leales, con la nostalgia de quien ha sido actor de alta categoría y acepta un puesto cualquiera.

En el ardor del combate se olvida de todo porque está cumpliendo con un deber de gratitud y de soldado.

Al consumarse el desastre se interna en la sierra. Va en su caballo con el pensamiento en el Norte, allá en las ásperas montañas y desérticas planicies, maestros de jinetes y aguerridos revolucionarios. Allá, en donde insinuara a Carranza que debía marchar en lugar de hacerlo rumbo a Veracruz.

Burla a los perseguidores, va por rumbo distinto al seguido por don Venustiano, y semanas después, aparece de nueva cuenta en Laredo, Texas. Esa hazaña significa solamente un compás de espera. Dos años después es asesinado por esbirros al servicio del Gobierno y arrojado su cuerpo a las turbias aguas del Río Bravo.

Al galope a ratos, sin orden alguno, los fugitivos se alejaban del campo de operaciones, en donde la situación hacía crisis. Los soldados se avalanzaban sobre el carro express repleto de dinero. Algunos lograron apoderarse de sacos llenos de oro, otros habían capturado un carro atascado en un lodazal que contenía gran cantidad de las codiciadas monedas. Poco caso se hacía de los prisioneros ante la codicia de lo que se tenía a mano. El festín hubiera adquirido el tono de un cuento de hadas de no presentarse oportunamente fuerzas del general Treviño, que advertido de lo que estaba sucediendo, ordenó la inmediata custodia del tesoro federal.

Para los que se alejaban, dejando lo que constituía la base segura de futuras actividades, no contaba aquello, lo urgente era caminar más y más ganando distancia, suponiendo lógicamente que serían perseguidos. Cuando dejaron de escucharse las detonaciones de armas la inquietud aumentó, pues era de suponerse que los rebeldes habían dominado la situación, y procede-

rían a la persecución al darse cuenta de que don Venustiano y los principales jefes militares habían logrado escapar.

El triunfo engolosinó a los rebeldes y dejaron pasar el tiempo sin tomar medida alguna en contra de los que seguían a don Venustiano. Se ocuparon de enlistar a los miles de prisioneros militares y civiles, y de inventariar las armas y toda clase de objetos pertenecientes a los gobiernistas, encargando el general Treviño al ingeniero Pastor Rouaix el inventario minucioso de los caudales, no obstante tratarse de uno de los prisioneros, en quien se reconoció la honestidad necesaria para tan delicada misión.

En contraste al ambiente de alegría que respiraban los triunfadores, la marcha forzada de los carrancistas era un pregón apagado de ilusiones. Centenares de dispersos fueron prontamente capturados, siendo concentrados en el campamento. No quedaron fuera de control sino la columna desorganizada a cuyo frente se destacaba la figura respetable de don Venustiano.

Camminaron sin detenerse en los misérrimos poblados que encontraban. Cualquier demora podía resultar de fatales consecuencias. La tensión nerviosa daba fuerzas. Nadie sentía cansancio corporal como justa compensación al agotamiento espiritual, que solamente en el semblante de don Venustiano no se reflejaba.

En algún lugar, ya casi de noche, se hizo alto para dar agua a los caballos. Y siguió la columna silenciosa, como fantasma que se embarra en los arbustos, en las rocas, en el camino tortuoso, y se diluye en la obscuridad cada vez más espesa, que a todos parecía protectora.

Llegan a Zacatepec a las primeras horas de la mañana. Ha transcurrido una jornada larga, tediosa, cansada, de más de doce interminables horas. Ordena don Venustiano descansar. Toman algo de alimentos, dan de comer a los caballos, y de nueva cuenta a caminar. Antes se despide de varias personas de buena voluntad que pie a tierra han formado parte del grupo. No se les puede pedir más. Se carece de caballos y lo que sigue nadie lo puede predecir.

En esa pausa estaban presentes los generales Urquiza, Murguía, Heliodoro Pérez, Marciano González, Juan Barragán, Francisco de P. Mariel, Francisco González, León Osorio, Federico Montes, Bruno Neira, Pilar Sánchez, coronel Paulino Fontes, Carlos Domínguez y los capitanes del Estado Mayor Presidencial Octavio Amador e Ignacio Suárez, así como los civiles Luis Cabrera, licenciado Manuel Aguirre Berlanga, don Manuel Amaya, licenciado Armando Z. Ostos, don Gil Farías, Saldaña Galván y algunos más.

Al reanudarse la marcha se dio a la columna una mejor organización. A la vanguardia, se formó una fracción de soldados y a la retaguardia, en perfecta formación, los cadetes, serios, animosos y marciales. En el centro el resto de la columna.

Con don Venustiano cambiaban impresiones los generales Urquiza, Murguía y Mariel y el licenciado Luis Cabrera. Estaba la suerte echada, prevaleciendo las opiniones de Mariel y Cabrera, ambos conocedores de la región. El rumbo, la sierra a la que se acercaban ya. Había la seguridad de contar con la ayuda del general Gabriel Barrios, del general Lindoro Hernández, del general Rodolfo Herrero y del teniente coronel Aarón Valderrábano. El primero tenía su cuartel general en Zacatlán, con dominio en Tetela de Ocampo, Coyutla y Papantla; el segundo en la región de Huauchinango, el tercero en La Unión, Jopola y Pahuatlán, y el último con su centro de operaciones en Villa de Juárez. La región estaba cubierta por amigos. Después seguiría el proyecto de internarse por Hidalgo, Querétaro, hasta llegar al norte, en donde seguramente habría suficientes tropas leales para reconquistar el terreno perdido.

El licenciado Cabrera con buenas razones acreditaba la conducta del general Barrios, con quien lo ligaban especiales lazos de amistad, que se habían afianzado con motivo del asesinato de dos hermanos del licenciado Cabrera—Ramón y Rafael—. En esa ocasión, Barrios había demostrado profunda indignación procediendo a la persecución de los asesinos, demostrando a la vez absoluta fidelidad al Gobierno.

Por su parte el general Mariel hablaba con fundada convicción de la lealtad de sus recomendados. Cuando ocupó la Oficialía Mayor de la Secretaría de Guerra, dejó en la sierra de Puebla que estaba a su cuidado, al jefe de su Estado Mayor, teniente coronel Aarón Valderrábano, de la más completa confianza. Respecto a Lindoro Hernández, antes de salir de México había conferenciado con él en el sector de Pachuca, Hgo., manifestando su adhesión al régimen constituido, teniendo noticias de que había marchado con su gente rumbo a Huauchinango. En cuanto al general Rodolfo Herrero, sometido al Gobierno por su conducto apenas hacía un mes, dados los antecedentes que de él tenía no abrigaba temor alguno sobre su conducta.

No había pues motivo alguno para cambiar de planes. Aquella humillante situación tendría que transformarse; todo dependía, pensaba don Venustiano, de llegar a territorio dominado por Diéguez, el Dr. Silva, Castro, Santos, López de Lara, y quien sabe cuántos amigos más que con sus contingentes armados serían la base de una nueva contienda.

La mayor parte de los componentes de la columna eran personas experimentadas en las rudas tareas de la guerra, y no podía escapárseles el riesgo que corrían. Por muy tranquilo que viesen a don Venustiano y por mucho que confiaran en su pericia y buena estrella, en su fuero interno aquilataban en grado muy elevado el peligro. Pero el deber, no ya la convicción de salir con bien, ni siquiera la esperanza en el cambio de fortuna, los hacía comerse el pesimismo y aparentar una tranquilidad que estaban muy lejos de

sentir. No tenían humor de platicar entre sí ni mucho menos de contar "tallitas" tan adecuadas en reuniones de otra naturaleza.

A ratos al galope o al trote y en ocasiones al paso, según las condiciones del camino y el cansancio de los caballos, continuaba la marcha hacia la codiciada sierra. Pasaron de largo por San Juan, atravesaron veloces la llanura calva, con la zozobra de ser vistos por el enemigo. Salvaron la vía férrea por Torija, sin encontrar vestigios de trenes, lo que serenó las inquietudes. Más adelante toparon con el humilde pueblo de Coyotepec, en donde se escondieron hasta los perros.

Siguió el trotar incesante hasta Santa Lucarda, en donde comieron y dieron pienso y agua a los caballos y un poco de descanso, para continuar la dura jornada hacia la sierra, que parecía alejarse de ellos a medida que avanzaban.

Llegaron al caer la tarde a Temaxtla, en donde consiguieron algunos alimentos. Allí durmieron, y temprano, con las primeras luces de un día enfermizo, tristón, día 16 de mayo, prosiguió la gira pasando de frente por algunos pueblos semiabandonados.

Había necesidad de llegar a Tetela, en donde el general Barrios les prestaría la ayuda y protección que era menester. En eso no tenía duda alguna el licenciado Cabrera, y su optimismo lo compartía don Venustiano, no así el fino olfato de Murguía. Simulaba confianza en la acogida que se les brindaría en la sierra; pero, reflexionaba para sí, ¿por qué no había enviado Barrios algún propio como mensajero de su adhesión? ¿Por qué los serranos de los pueblos que habían dejado atrás, algunos armados, no mostraban interés alguno por la comitiva, concretándose secamente a contestar que Barrios se encontraba en Tetela? No hay ambiente favorable para nosotros, concluían las reflexiones de Murguía.

Acordes con ese sentir, rumiaban sus cavilaciones los demás miembros de la columna. Pero la esperanza es la última que muere. Ver para creer, y a caminar hasta llegar a la meta ambicionada.

Otra vez la noche obligaba a detenerse. Ahora se trataba del pequeño pueblo de Zitlalcuaatla. El descanso se imponía para la gente y los caballos. Se distribuyeron los servicios de vigilancia a cargo de los cadetes. Algo se consiguió de alimentos, y sin más a tratar de dormir.

Temprano se escuchó el toque de botasilla. Llovía tenuemente; pero ya se avistaba Tetela. Un esfuerzo más y estarían a salvo de cualquier sorpresa.

Al mediar el día, cansados, aturdidos, molidos por el mucho caminar y poco dormir, hicieron su entrada a Tetela. Se repondrían de tanta malpasada, madurarían bien los planes a seguir, y tal vez cambiaría favorablemente la situación.

Todo se vino abajo, como un armazón mal ensamblado. Algunos de los oficiales de Barrios informaron a don Venustiano que su General había sali-

do rumbo a Cuauhtempan. No daban más datos; pero insistieron en que debían seguir adelante porque se tenían noticias ciertas de que el general Jesús M. Guajardo con un regimiento venía por el mismo rumbo en su seguimiento.

Como se habían dispersado algunas personas, ordenó don Venustiano tocar a reunión. Opinaron los experimentados acompañantes que convenía no detenerse allí. Montaron en sus cabalgaduras, se despidieron de los cortesos oficiales, y otra vez a la penosa caminata.

Cambiaba totalmente el panorama. La verde esperanza se había convertido en un golpe de obscura desesperanza. Tanto don Venustiano como sus generales sintieron el rudo hachazo de la decepción. Barrios no los ayudaría, los dejaría pasar sin molestarlos; pero nada más.

Siguiendo las indicaciones del general Mariel, conocedor de la región, reanudaron la marcha bajo la luz cobriza de un sol avaro. En plena sierra los caminos se estrechaban, los zarzales rompían vestiduras y los caballos resbalaban entre el lodo y los pedruscos. Cuadro vivo que acentuaba los oscuros pensamientos de la comitiva. Sólo don Venustiano parecía insensible a la adversidad. Manejaba con destreza su caballo, y con serenidad iba al encuentro de su destino.

Después de varias horas de penosa cabalgata entraron al modesto pueblo de Cuauhtempan. Tampoco encontraron allí al general Barrios, confirmando el presupuesto de que no los ayudaría, y sin hacerles daño todo indicaba su deseo de que salieran de su sector cuanto antes. Poco tardaron en recibir el consabido aviso de que avanzaban las fuerzas del general Guajardo.

Se acomodaron como pudieron en las casuchas del pueblo para pasar la noche, y de madrugada vuelta a la azarosa huida. Cierra como de costumbre la columna la formación marcial de los cadetes.

Para don Venustiano constituía una seria preocupación el Escuadrón de cadetes del Colegio Militar. Habían cumplido como buenos hasta el momento de emprender la marcha hacia la sierra de Puebla, y su espíritu no tan sólo se veía apocado, sino que alentaba ánimo vivo, como si se tratara de emprender una expedición de entrenamiento.

A la salida de México, don Venustiano, seguro de llegar a Veracruz, pensaba en tener a su lado un símbolo viviente del heroico Colegio Militar. Allí le daría vigor, y aquel puñado de muchachos constituirán la base de una corporación que se formaría dentro de la doctrina más pura de la lealtad.

Ante la actitud gallarda, valiente, estoica de los cadetes, polluelos de las

Águilas de aquel Colegio que tantas páginas de gloria ha escrito en nuestra historia, don Venustiano sentía una gran responsabilidad.

Se habían batido en los días anteriores como si se tratara de experimentados guerreros. No tenía más divisa que la de cumplir sus deberes con dignidad. Ni titubeos, ni alardes de arrojo, simplemente en sus puestos, gallardos, alertas, dispuestos en todo momento a responder como las circunstancias lo demandaran. Iban conscientes de su misión, protegiendo, dentro de sus posibilidades de capacidad y fuerza combativa, la legalidad Constitucional representada por el C. Presidente de la República. Eso pensaban ellos y no necesitaban saber más.

En el corazón de don Venustiano se debatían los sentimientos, y en su cerebro, acostumbrado a la línea recta y a las decisiones inquebrantables, bullía con hervor de pasiones lo que debía en conciencia hacer.

Sabía que al despedir a los cadetes lastimaría su amor propio, sabía también que su compañía significaba una especial protección; pero sobre todas las consideraciones se imponía la de no exponer a aquellos valientes a las vicisitudes de una campaña tan llena de peligros. Eran todos jóvenes, rondando los 18 años, cuando la vida ofrece los colores llamativos de un halagüeño porvenir. No había razón alguna, por poderosa que fuese, para sacrificar vidas que constituían positivas promesas de grandeza para la Patria.

Así pensaba don Venustiano, y la decisión se había afianzado en su ánimo. No quedaba por resolver sino el momento más propicio para hacerla efectiva. Tenía que adoptar la actitud que corresponde a los actos de alta importancia.

Ese momento llegó cuando hicieron alto en el poblado de Temoxtla, enclavado en las estribaciones de la sierra. El peligro acechaba por todos lados. Las noticias recibidas hablaban de persecuciones encarnizadas. Por un lado Lindoro Hernández, en quien tanto confiaba Mariel, no daba señales de acción favorable. Por otra parte Gabay, Higinio Aguilar, los Márquez, y otros muchos jefes que obedecían órdenes del general Barrios, a quienes él contenía para que no atacaran la columna; pero su actitud destruía los vaticinios optimistas del licenciado Cabrera.

No quedaba más rumbo abrigador que el centro de la sierra, en donde había la posibilidad, según Mariel, de encontrar la ayuda del general Rodolfo Herrero. Era necesario aligerar la marcha, prescindiendo de los civiles y militares carentes de caballos.

Todo indicaba la conveniencia de apresurar la despedida de los cadetes. La ceremonia fue breve e imponente. Previamente había tratado el problema con el jefe del Escuadrón, coronel Rodolfo Casillas. A su insistencia para continuar cumpliendo con lo que titulaban era su deber, don Venustiano, en forma cortante, expuso que ordenaba se cumplieran sus disposiciones.

Todavía hubo un intento más. Los cadetes, resueltos a continuar con su

honrosa, a la vez que peligrosa encomienda, designaron una comisión integrada por cinco compañeros para que directamente hablaran con don Venustiano. La entrevista, formal, severa, se efectuó. Los cadetes, respetuosamente pero con vehemencia, expusieron al Presidente de la República el deseo unánime de los cadetes de continuar escoltándolo. Escuchó don Venustiano conmovido aquel gesto heroico de los aguiluchos; pero, resuelto a dar por concluida aquella situación, con palabra pausada replicó que sus propósitos al haber ordenado en México que lo acompañaran había sido el de establecer en Veracruz el Colegio Militar; que las circunstancias apremiantes del momento habían cambiado fundamentalmente sus propósitos; que consecuentemente debían regresar al Colegio con la satisfacción del deber cumplido. Se despidieron con hondo sentimiento. El honor y el deber habían triunfado sobre cualquier interés particular.

Los cadetes, en formación impecable, presentando armas, con la frente alta, la mirada al frente, conteniendo la respiración, escucharon las palabras del señor Presidente de la República. Han cumplido con su deber, y se que seguirían adelante hasta el final. No se trata ya de actuar militarmente, y su misión la doy por concluida. Regresen a su Colegio con la satisfacción de haber actuado dentro de las normas de disciplina y lealtad que constituyen el espíritu inalterable de su Institución.

Antes de que la emoción de los actores y circundantes estallara, el coronel Casillas dio la orden de firmes. Después a montar para marchar en sentido contrario. El silencio fue la respuesta más elocuente. Se alejaron los cadetes lentamente, sin prisa, con la mirada al frente, conteniendo las lágrimas que se escapaban de sus ojos. Tal vez, pensaban, no volverían a ver más a aquel hombre sencillo, de semblante majestuoso, que en desgracia mantenía la dignidad de su alta investidura como si estuviese en plena posesión del Poder.

Entre los que se quedaron fue aquello como un episodio vivido de una tragedia de Esquilo. Se repetían las hazañas de los espartanos. Resonaban las voces de las mujeres: Aquí está el escudo, vuelve con él o sobre él.

En unos cuantos minutos se perdieron a lo lejos. El ruido de las cabalgaduras se apagó, imponiéndose de nueva cuenta el susurro monótono y molesto de la llovizna. Un episodio más, y adelante, con cielo nublado y enemigos por todos lados.

Antes de seguir los pasos de la columna hagamos un paréntesis. Será como un remanso en el doloroso panorama o como un oasis en el desierto.

Las páginas oscuras, tristes, deprimentes, han sido hasta ahora las predominantes, con las luces momentáneas que, como en las tempestades, de cuando en cuando centellean acentuando más la oscuridad.

El desprendimiento de los cadetes de la columna deja latente una apre-

miente interrogación: ¿Qué fue de ellos? Vamos a descubrir esta incógnita, y a la vez tomaremos nota de datos interesantes y de apreciaciones, que a la distancia de 43 años de los sucesos se antojan juicios serenos.

Antecedentes. El Gral. Ricardo Richkarday entrevistó al general Rodolfo Casillas, sobre los sucesos de esta histórica jornada. Los artículos respectivos se publicaron en *El Universal*, en enero de 1963. Por lo que se refiere a la interrogación formulada encontramos la respuesta, clara, precisa, elocuente, en el siguiente reportazgo, que apareció en el mencionado diario el 22 de enero:

Regreso de los Cadetes de la Escuela de Caballería a la Capital
Por el general RODOLFO CASILLAS

Como lo ofrecimos en nuestro artículo anterior, hoy insertamos en su parte correspondiente lo que dice el señor coronel Gabriel Cuevas, en su libro *Historia del Colegio Militar*.

"El oficio girado por el Secretario de Guerra, señor general Francisco L. Urquiza, al pundonoso y valiente coronel don Rodolfo Casillas, Director de la ínclita Escuela de Caballería; documento hermoso que dentro de su rígido lenguaje e impecable forma oficial, es un canto a la honradez militar, timbre de honor y presea, causa de legítimo orgullo, no sólo para los componentes de la citada Escuela que tan bien supieron contestarla con su hermosa, limpia y brava conducta, sino para todo el Colegio Militar entero, dice: 'Un sello, Estados Unidos Mexicanos. El Escudo Nacional. Poder Ejecutivo, Presidencia de la República. Al coronel Rodolfo Casillas, Director de la Escuela de Caballería del Colegio Militar. Por disposición del Presidente de la República se servirá usted con la Escuela a su dirección, marchar a la ciudad de México en vista de la imposibilidad que existe para su permanencia al lado del Poder Ejecutivo. El mismo mandatario dispuso que, al trasladarse los Poderes de la Unión, lo hicieran también los planteles de Educación Militar, a fin de que continuaran sus estudios. Pero como la situación política impidió la verificación de esos propósitos, es por esto que se le da a usted la presente orden a fin de que nadie, ni la historia, juzgue, o al menos se figure, que se hizo mala aplicación de dicha Escuela. Reitero a usted las seguridades de mi más atenta y distinguida consideración. Constitución y Reformas. Chaupempan, Pue., Mayo 17 de 1920. El general de Brigada Encargado del Despacho, Francisco L. Urquiza'."

Y ahora, continúa hablando el general Richkarday: "Cuando mi heroico amigo hubo terminado esta interesantísima narración, dos gruesas lágrimas rodaron silenciosas por sus mejillas. Con cuánto respeto y admiración le contemplé enjugárselas en aquella hora solemne en que los recuerdos volvían a revivir las horas angustiosas de su gloriosa jornada.

Todavía a sus setenta y seis años, cuando habla de las épicas cargas de sus intrépidos dragones, de la bizarría con que se lanzaron con él a la cabeza contra el enemigo hasta hacerlo pedazos, su cuerpo se yergue majestuoso, su voz toma extrañas sonoridades, y la mirada de sus ojos, que tantas heroicidades contemplaran, se inflama alentada por el fuego del patriotismo y la lealtad que siguen viviendo en su corazón de verdadero soldado, como una lámpara votiva encendida en el santuario de su fe para alumbrar el altar de la Patria.

¡Qué grande y qué sencillo es este general Casillas!

—¡Pero dígame, Rodolfo! —insistí—, cuando hubo terminado aquel instante de abstracción, emotivo y conmovedor, ¿no tuvieron ningún incidente durante su regreso al Colegio?

—¡Sí, Richard, cómo no! —responde en el acto sobreponiéndose al peso de sus emociones—, imagínese usted, en primer lugar, el estado de ánimo que a todos por igual nos embargaba. Tristes, silenciosos, cabizbajos, ahondando en las reconditeces de nuestro propio dolor, cabalgábamos como sombras por aquellas accidentadas serranías sobre los viejos y famélicos jamelgos que habíamos podido conseguir en la región para dejar los nuestros a la comitiva presidencial, dolorosamente fatigada ya por la penosa y larga caminata. Luego agregue usted el peligro constante de un regreso por zonas hostiles, dominadas por el enemigo, cuyo encuentro eludíamos no por miedo al combate ni a la muerte, sino por lo inútil que hubiera sido nuestro sacrificio. Sin embargo, no por eso estábamos dispuestos a cruzarnos de brazos si alguien pretendía estorbar nuestro regreso; precisamente en Zacatlán de las Manzanas, los hombres del general Gabriel Barrios, al notar nuestra presencia, enviaron un propio para advertirnos que, dada nuestra triste condición de rendidos, deberíamos entregarles caballos, armamento y municiones, constituyéndonos en sus prisioneros mientras el mando obregonista disponía lo necesario.

—¿Qué contestó usted?

—Que nunca permitiría semejante humillación. Que el Colegio Militar había cumplido con su deber y que, consecuentemente con sus principios y tradiciones, regresaría a su glorioso plantel tal como había salido.

—¿Y Barrios qué hizo?

—Nada. Cuando se le dijo que estábamos dispuestos a defendernos para continuar nuestro camino, comprendiendo quizás la razón que teníamos, nos dejó pasar sin molestarnos. Así reanudamos la marcha hasta llegar a la estación de Ahuazotepac, sobre la vía del ya desaparecido Ferrocarril de Hidalgo. Allí se encontraba el general Jesús Novoa, con quien me presenté seguido de mis heroicos alumnos. "Espere órdenes —me dijo—, mientras consulto su caso a México". Poco tiempo después llegaban éstas en el sentido

de que se pusieran a nuestra disposición las jaulas y carros para continuar nuestra marcha hasta la Capital de la República.

—¿Cómo llegaron al Colegio?

—Verá usted: al arribar a la Estación de San Lázaro, inmediatamente desembarcamos la caballada arreglando nuestro maltrecho equipo lo mejor que pudimos. En seguida, montados nuevamente, y en correcta formación, como si acabáramos de regresar de unas simples maniobras, nos incorporamos a San Jacinto, donde ya estaba entonces ubicado el Colegio Militar. Su nuevo director, el general Marcelino Murrieta, persona de quien guardo gratísimos recuerdos, nos recibió emocionado felicitándonos por haber regresado montados y armados, como ejemplos vivientes del pundonor, el sacrificio y la lealtad, después de haber cumplido hasta el final nuestra histórica misión. Ya se imaginará usted lo que sentiríamos en aquellos momentos, en que los abrazos, las felicitaciones, los comentarios y los "¡hurra!" a la Escuela de Caballería se sucedían interminables, llenándonos de legítimo orgullo. Nunca olvidaré esos instantes tan emotivos como hermosos, que en forma destacada figuran en las páginas del libro de mi vida como uno de sus más brillantes capítulos. Créame, Richard, que fueron tan impresionantes y tan hondos, que todavía cuando los recuerdo, siento que mi corazón se estremece de júbilo anhelando volverles a vivir. ¡Pero ha quedado eso tan lejos!

—Bien. ¿Y cuál fue la recompensa por tan brillante hazaña?

—Ninguna. Pero tampoco la esperábamos, porque nunca pensamos en ella. Jamás ningún mezquino interés guió nuestros pasos en aquella odisea porque el solo pensarlo hubiera bastado para desvirtuar el altísimo ideal que la animara.

—Perfectamente, pero recordará usted, mi querido Rodolfo, que si alguna vez se prodigaron las recompensas con largueza fue en esa ocasión. Cedillo, Genovevo de la O., Carrera Torres, Almazán y muchos otros más fueron incorporados al Ejército con los más altos grados, amén de muchísimos jefes a quienes se ascendió por haber secundado el movimiento obregonista. En cambio ustedes, por su lealtad indiscutible, fueron dejados al margen de la generosidad oficial.

—¿Qué quiere usted, así es la vida. Pero eso no importa. El juicio de la historia es el que me interesa, y ése creo haberlo conseguido. Por eso me siento satisfecho. Con ello me basta.

El general Obregón rechaza la solicitud de baja del general Casillas

—¿Qué hizo usted después de haberse incorporado al Colegio?

—Pedir mi baja del Ejército. Yo consideré que por elemental dignidad y

por estimar que mi situación de ahí en adelante habría de ser difícil y molesta por razón misma de las circunstancias.

—¿Y se la concedieron?

—No, señor. Cuando el general Murrieta la sometió a la consideración del general Obregón, éste ordenó que continuara al frente de la Escuela de Caballería y que se felicitara a todos sus alumnos por su conducta leal, airoso y valiente. Después, siendo ya Presidente, siempre tuvo numerosas atenciones y marcadas simpatías para la Escuela y para aquellos muchachos que con tanta hidalguía supieron conservar el immaculado historial de su glorioso plantel.

Hubo una larga pausa. El noble rostro de mi amigo se hundió pausadamente en la amplitud de sus manos abiertas que le servían de apoyo, como si se tratara de retener en la pantalla de sus recuerdos, la lejana visión de sus cadetes que sable en mano iban camino a la victoria, atravesando como rugientes huracanes las compactas filas que la deslealtad pusiera en su camino para probar su temple y su bravura. Al levantarlo de nuevo, vi asomar una lágrima que, empañando la serena mirada de sus ojos, se deslizó furtiva por la tostada piel de sus mejillas.

Y lleno de respetuosa veneración por este modesto y valeroso soldado que erguido como una bayoneta aún permanece de pie junto al propio pedestal de sus proezas, le abracé con fraternal afecto, orgulloso de estrechar junto a mi corazón, el de aquel valiente paladín, símbolo de lealtad y de heroísmo.

Aquí termina la entrevista con el general Richkarday.

Cerramos este capítulo sin más comentarios, puesto que, por sí mismo, se destaca con tonos luminosos, en el panorama sombrío de este episodio histórico.

Volvamos a tomar el hilo de nuestro relato a partir del momento en que marcharon los cadetes rumbo a su escuela, y los fugitivos, más tristes y desolados, van en pos de ayuda.

Atravesan rancherías misérrimas, cuyos habitantes, que viven de milagro, los ven pasar con algo de curiosidad. Algunos traen carabinas que acarician con ambas manos; pero no demuestran intenciones de disparar. Es gente de Barrios instruida para no estorbar y, maliciosamente, indicar que no se detengan.

Y los fugitivos no se detienen, saben que deben abandonar los dominios de un amigo de ayer, dispuesto ahora a no hacerles daño con tal de que se alejen. No desea verse en el compromiso de tener que atacar. Está por ahí, no

se sabe exactamente dónde; pero todo lo vigila, y prefiere que suceda lo que ha de suceder fuera del terreno de su influencia.

Más seguros de la situación, convencidos de que no les queda otro recurso que el de acercarse a Villa Juárez, guamecida por Valderrábano, y la Unión, cuartel general de Rodolfo Herrero, pernóctan esa noche en Tepango. Algo consiguieron de vituallas y algo lograron de descanso.

Como el judío errante, la caravana siguió caminando al amanecer del día 19. Otra vez se repitió el panorama desalentador de los puebluchos indiferentes a su tránsito. Otra vez los ojos clavados de los campesinos-soldados con un dejo de curiosidad y algo de sadismo primitivo.

Trotar cuando el camino lo permitía en tramos cortos, que hacía aumentar la impaciencia. Mas era el tiempo de ir al paso, y colgarse la columna.

Por fin el general Mariel dio la nota optimista: habían llegado a tierras dominadas por Valderrábano y por Herrero. Cambiaría la situación, de ello estaba completamente seguro. Insistió don Venustiano en no acercarse a Villa Juárez y mucho menos a Necaxa. Pasaba por ahí la vía férrea, y en ambos lugares había teléfono. En ello estuvieron de acuerdo el licenciado Cabrera, Murguía, Urquiza y Mariel. Sería suficiente enviar un propio para solicitar de Valderrábano la ayuda necesaria.

La marcha se hizo más llevadera. Un rayo de luz se filtraba en las tinieblas. Se aceleró cuanto se pudo la caminata hasta llegar a Cuamaxalco. Se imponía el descanso.

El tiempo no se detiene, pasa inexorablemente elevando el espíritu o abatiéndolo, en un tejer y destejer, como la tela de Penélope. Acabó el día 19 dejando una amarga impresión, suavizada apenas por un remoto cambio. En el despertar del 20 se afianzaba un tanto la posibilidad de encontrar manos amigas.

Las nuevas noticias recibidas favorecían las conjeturas venturosas. Tanto el coronel César Lechuga, segundo de Herrero, como su jefe de Estado Mayor, teniente coronel Miguel B. Márquez, avisaron a don Venustiano que contarán con ellos incondicionalmente. Ya habían recibido órdenes de Valderrábano para que atendieran en debida forma al señor Presidente de la República y a sus acompañantes.

Antes de ausentarse de Patla, el general Herrero había dejado órdenes semejantes. Pronto llegó la oportunidad de cumplimentarlas. El paso del río para llegar a Patla, que estaba harto crecido, ofrecía grandes dificultades.

Entonces personalmente Lechuga y Márquez, con un destacamento de soldados ayudaron a pasarlo.

En marcha hacia Patla los dos militares hicieron a don Venustiano protesta firme de lealtad asegurando que el general Herrero procedía en la misma forma, y que su ausencia obedecía precisamente a la preparación de sus tropas, diseminadas desde Patla hasta el Plan de Zaragoza.

Por fin llegaron a Patla, en donde pudieron comer, bañarse y proveerse de lo indispensable para cambiar de ropa interior.

Aprovechó don Venustiano la compañía de Lechuga y Márquez para afinar los proyectos que venían madurando en relación al rumbo a seguir. Nadie mejor que estos señores, conocedores de los vericuetos de la sierra, para fijar el itinerario. Lechuga, con la aprobación de Márquez, indicó como el lugar más apropiado para pernoctar el pequeño poblado de Tlaxcalantongo, enclavado en un lugar alto de la sierra, fácilmente defendible en caso de un asalto.

Comentaron la idea Urquiza, Murguía, Cabrera, Heliodoro Pérez, Marciano González, Juan Barragán, Fontes, Méndez y algunas otras personas que atentamente seguían el curso de la plática, y como nadie presentara una solución más satisfactoria se aprobó el plan.

A eso de la una de la tarde del mismo día 20, en el orden de formación que cerraba el general Heliodoro Pérez, con su escolta de diez soldados, abandonaron Patla.

Cuesta arriba, por vereda serpenteante, llena de guijarros, va la triste caravana. A la cabeza —sobre caballo que le obsequiara el teniente coronel Loreto Howell—, se destaca la figura adusta de don Venustiano Carranza.

Pocos son los que lo siguen, todos a caballo, formando una cinta que figura enorme serpiente. El silencio aplasta las voluntades; diríase que nadie piensa en nada, a pesar de que los pensamientos se estrujan dentro de cada uno de los que van caminando sin saber a dónde van.

Hay que ganar la altura con el aliento de una vaga esperanza. Es ahora el general Rodolfo Herrero quien guía a la comitiva, al incorporarse en plena marcha. Lo recomienda el general Francisco de P. Mariel. Un mes antes se sometió Herrero al Gobierno. Disuelto el Ejército Federal merced a los Tratados de Teoloyucan, seguido por un centenar de hombres armados, cuyo número aumentaba o disminuía, según las circunstancias, quiso poner fin a sus actividades revolucionarias.

Presentado a don Venustiano en las condiciones deprimentes de una huida sin rumbo y sin fin, se muestra solícito en todo, acusando seriedad en sus actos, y deseos vehementes de servir. Habla a ratos con don Venustiano, cambia impresiones con los generales Urquiza y Murguía, contesta cortésmente las preguntas que le hacen algunas personas de la caravana, y como si

sintiera hondamente su responsabilidad, con el mayor celo revisa la columna dejando pasar hasta el último hombre, y con la destreza de un magnífico jinete avanza de nueva cuenta hasta la cabeza, haciendo que su caballo, acostumbrado a las serranías, salve fácilmente los escollos del camino.

Se trata de un hombre de algo más de 30 años de edad, fornido, de semblante agradable, serio, sin llegar a la adustez, con bigote poblado, ojos café obscuro. Causó su presencia buena impresión. Seguramente a ello contribuían las magníficas referencias que sobre él había hecho el general Mariel, agregado al ambiente favorable que sobre su persona se percibía en las pequeñas poblaciones que constituían su centro de operaciones.

En su abono debe asentarse el hecho de que no se le atribúan latrocinios ni asesinatos. Peleaba por la vigencia de la Constitución de 1857; pero lo más acertado sería considerarlo como un resentido a quien se le había cortado de un golpe su carrera militar, en la que había conquistado el grado de Mayor.

La lluvia, fina, silenciosa, seguía empapando a los jinetes y molestando el paso lento de los caballos. Resbalaban continuamente para colocarse en forma mediante especial esfuerzo, que daba la impresión a veces de que caballo y jinete rodarían entre piedras y lodo.

A medida que la vereda se empinaba la columna se hacía más y más larga. En el trecho que ocupaba podían caber tres veces más caballos. Pero no podía ser de otra manera. Por un lado las rocas formando una muralla, por el otro los abismos profundos, y a todo ello había que agregar el lodo, las piedras, lo angosto de la vereda, y la fatiga.

En repetidas ocasiones fue necesario caminar pie a tierra llevando de la brida el caballo. En esos menesteres don Venustiano no encontraba dificultad alguna; pero solícito Herrero le ayudaba a desmontar y a montar de nuevo.

Las atenciones de Herrero tan amistosas hacia don Venustiano, y sus repetidas protestas de lealtad no eran por todos bien recibidas. Despertaban suspicacias, que pronto se desvanecían ante la franca aceptación de don Venustiano, ajeno como era a los signos de adulación.

Pasadas cuatro horas de dura caminata, los primeros jinetes contemplaron con desilusión el pequeño pueblo de Tlaxcalantongo. La atmósfera húmeda, el abandono de las chozas, el silencio, la semioscuridad, todo daba la impresión de un lugar sin vida. Fueron llegando uno a uno los caminantes. Dirigían la vista a su alrededor y el corazón se les oprimía. Nada había allí que indicara abrigo protector o siquiera para el descanso.

Estaban amontonados en una plazoleta lodosa, sin árboles. Dispersos se veían algunos jacales de barrotes y palma. Herrero, cerca de don Venustiano, le señaló un jacal, tal vez el más grande diciéndole: esa pobre casa

será por esta noche el palacio nacional. Al resto de la comitiva indicó que podían a discreción acomodarse en los demás jacales.

La noche se acercaba cuando don Venustiano entró en su "palacio". Por todo mobiliario había una tosca mesa en el centro, y una silla desvencijada.

En este punto, epílogo de la tragedia, dejó la narración a quienes, con diversa autoridad, han escrito sobre los sucesos de la negra noche del 20 de mayo de 1920 y de la madrugada estrujante que le siguió.

En primer término, transcribo la versión del general Francisco L. Urquiza, testigo presencial, que aparece en su libro *Carranza*, editado en 1959, centenario del nacimiento del señor Carranza.

"Fuera de la actividad de la gente de la columna que desensillaba sus caballos y trataba de encontrar acomodo en las diseminadas casuchas de la desolada rancharía, la vida parecía que había huido de aquel lugar.

Los escasos habitantes que sin duda estaban normalmente en aquel paraje lo habían evacuado probablemente momentos antes de la llegada de la columna; aún se observaban huellas frescas de su estancia en el lugar. Secundino Reyes pudo pescar, casualmente, al indígena que actuaba como autoridad en el poblado y lo llevó ante el señor Presidente.

—¿Dónde está la gente que vive aquí? —preguntó don Venustiano.

—Señor, está por allá arriba, en las lomas, señor.

—¿Qué hacen ahí? —nueva pregunta del señor Carranza.

—Están cuidando sus milpas, señor.

—Ordéneles usted que bajen y que nos traigan pastura para nuestros caballos; se les pagará lo que sea.

—Sí, señor; voy a mandarlos.

Se fue el indígena y... no regresó.

—Capitán Suárez, no desensille su caballo; monte usted y vaya a avisar a todos que no quiten las monturas de sus caballos y prevéngales que deberán estar listos para continuar la marcha de un momento a otro.

A poco rato regresó Suárez de su comisión.

—Señor, todos han desensillado ya y se han diseminado por las casas distantes, tratando de encontrar forraje para los animales.

—Está bien —contestó el Presidente, un tanto contrariado.

Más tarde lo vi yo, estaba sentado en el marco de la puerta del jacal.

—Señor —le dije—, no hemos encontrado grano para los caballos. Es temprano todavía, y quizás convendría caminar un poco más hasta llegar a algún lugar en que encontráramos pastura para los animales.

—No me gusta esto; pero tenemos necesidad de esperar aquí noticias de Mariel.

Conversó breves momentos después con varias personas de la comitiva que lo fueron a ver; con el general Murguía, con Federico Montes, con Juan Barragán, con Marciano González, con el licenciado Luis Cabrera y, seguramente también, con algunos otros de sus acompañantes. Hablaron de la desastrosa situación del momento, del estado tormentoso del tiempo, de la justicia de premiar a sus leales y, finalmente, al despedirlos en la puerta del jacal, dijo el que fue siempre tan amante de la Historia Patria:

—Podemos decir lo que dijo el general Miramón en Querétaro: 'Dios esté con nosotros en estas veinticuatro horas'.

Octavio Amador había conseguido algo de forraje para los caballos. León Osorio, el inquieto propagandista convertido en soldado, llegó al jacal, e hizo entrega de una gallina que había logrado capturar y que Secundino Reyes aderezó de la mejor manera posible, dadas las circunstancias, para que sirviera de cena al señor Carranza y a las cinco personas que estaban con él.

La noche se echó encima rápidamente.

Seguía lloviendo y soplaba un viento frío.

El Primer Jefe pidió una luz, y Secundino sacó de su morral un cabo de vela que encendió y puso en el centro de la mesa.

En previsión de que la bujía se consumiera, dado su escaso tamaño, observó el señor Presidente que lo mejor era acostarse de una vez y apagar aquella vela cuya luz resultaría muy útil en la madrugada, al levantarse, para continuar la marcha.

Hacia el fondo del jacal, en el rincón opuesto a la única puerta del mismo, se acostó el Presidente; un poco distante, a su izquierda, el licenciado Aguirre Berlanga y a continuación Pedro Gil Fariás.

Frente al señor Carranza fue el sitio que eligió Mario Méndez para reposar, y en la entrada de la puerta se acostaron los ayudantes Octavio Amador e Ignacio Suárez.

Se hizo silencio en el interior del jacal y transcurrieron lentamente algu-

nas horas. Afuera seguía lloviendo y las descargas eléctricas repercutían incontables veces en la serranía.

Suárez y Amador no dormían; cuchicheaban.

El tema de su conversación era lo único que podía tratarse en aquellas circunstancias: la situación lamentable de aquellos momentos.

En medio de la oscuridad de la noche, vieron cómo una luz se acercaba sigilosamente hacia la humilde casucha que servía de albergue presidencial.

Amador se levantó presuroso a inquirir quién o quiénes llegaban. Era un ayudante del general Murguía, jefe de la columna, que por mandato de su superior conducía ante el Presidente a un indio portador de un papel que enviaba Mariel desde Xico.

El señor Carranza despertó y dispuso que se encendiera la luz y que pasara el enviado.

El Oficial de Murguía, cumplido su encargo, se retiró en seguida; el indio hizo lo propio, no aceptando la invitación que le hicieron de quedarse a dormir en el cobertizo en que estaban los asistentes con los caballos; prefirió continuar su camino y llegar a su pueblo o a su rancho en medio de aquel aguacero inclemente.

En voz alta el señor Presidente leyó el recado que le había sido entregado:

"El general Lindoro Hernández es leal. Muy de madrugada saldrá una parte de sus fuerzas para encontrar a la columna expedicionaria y llevarla a Villa Juárez". Firmaba el general Mariel.

—La verdad es que no había podido dormir pensando en esto —manifestó el señor Carranza—; ahora sí vamos a poder descansar.

Se apagó nuevamente la vela, y esta vez sí se entregaron al sueño todos los transitorios moradores del jacal.

Serían las tres de la madrugada cuando una descarga cerrada de fusilería rompió el ruido monótono de la lluvia. Aquella descarga se hizo precisamente afuera del jacal, sobre el rincón en que dormía el señor Presidente.

Desde aquel momento se desarrollaron los acontecimientos con una rapidez vertiginosa.

Afuera, los asaltantes gritaban 'muertas' a Carranza, insultos y 'vivas'. Adentro, en medio de la oscuridad absoluta, don Venustiano, herido, se quejaba. El licenciado Aguirre Berlanga, que estaba cerca de él, al oírlo, le preguntó solícito:

—¿Qué le pasa, señor?

—Tengo rota una pierna, no puedo levantarme —le contestó.

Una segunda descarga de fusilería repercutió imponente, perforando la endeble pared del jacal.

Los ayudantes Suárez y Amador, pistola en mano, se levantaron inmediatamente.

Frente a la puerta del jacal no había ningún enemigo. El ataque estaba concentrado desde afuera, sobre el ángulo en que yacía el señor Presidente.

Considerando Suárez que el camino estaba libre para sacar a su Jefe, a tientas en la oscuridad, se dirigió hacia donde estaba él.

Se hallaba don Venustiano casi sentado en su improvisada cama. Suárez lo rodeó por la espalda con su brazo derecho, diciéndole con respetuoso cariño:

—¡Señor...! ¡Señor...!

De la garganta del Presidente Carranza se escapaba una fatigosa respiración, horriblemente fatigosa.

—El Jefe está muriendo; oigan ustedes el estertor de su agonía.

Ya no había tiros sobre el jacal. Las descargas de las armas de fuego atornaban ahora sobre las demás casas de la rancharía.

En la espantosa oscuridad del cuarto acababa la vida del gran hombre, sostenido por su fiel ayudante Ignacio Suárez. Nadie se movió de la habitación.

Cuando Suárez observó que se había consumido la vida de su Jefe, vio la esfera del reloj luminoso que llevaba en la muñeca.

—El Presidente acaba de morir; tomen en cuenta la hora que es: son exactamente las cuatro y veinte minutos".

Hasta aquí el relato, lleno de emotividad, del general Urquiza. Cita a personas cuya actuación fue directa en el momento mismo de la muerte del señor Carranza, que todavía viven, y que, de no ser ciertos los hechos narrados, seguramente los hubieran rectificado.

Otra versión la encontramos en la obra *Muertes Históricas* de don Martín Luis Guzmán. Veamos:

"No pasó mucho tiempo. Cerca de las tres o las tres y media, los fugitivos despertaron al clamor de grandes voces y a los disparos que se oían a la puerta misma de las chozas. Parecía que los asaltaban. '¡Viva Peláez!' '¡Viva Obregón!', y sonaba nutrido fuego de fusilería. Se levantaron como pudieron, y como pudieron empezaron algunos a salir.

Afuera, pese al estruendo, casi no vieron nada bajo la lluvia y entre la oscuridad, que era completa, aunque interrumpida por los relámpagos y los fognazos. Cerca de la choza de Cabrera y Murguía se entabló un tiroteo, a la vez que sonaban otros en torno de la choza de don Venustiano, y más allá, donde estaban Bonilla y Amador, y hacia la parte ocupada por Fontes, Carlos Domínguez, Ché Gómez y Landa Berriozábal, y del lado donde se guarecían Urquiza y sus ayudantes.

—¡Ríndete, Carranza: tienes garantías!

—¡Ríndete, Murguía!

—¿Dónde estás, Bonilla?

—¿Dónde estás, Luis Cabrera?

Sueltos, espantados, empezaron a correr los caballos, algunos de los cuales caían heridos, o quebrados de las patas al tropezar con lo que encontraban en las tinieblas. Y seguían los gritos y las descargas; tan bien preparado todo, que al minuto de iniciarse el asalto ya era tremenda la confusión entre los que intentaban defenderse y los que pretendían huir. Peleaba Murguía, peleaban sus oficiales y asistentes; pero casi no partían disparos sino de las manchas claras de los asaltantes, apretados en grupos cerca de las chozas y dueños de ellas por las armas y los gritos. Ni un ¡Viva Carranza! Ningún grupo de defensores que opusiera verdadera resistencia.

En el interior de la choza de don Venustiano las descargas se habían sentido cerradas desde el primer momento. Hendían las tablas por la parte donde estaba acostado él; lanzaban pedazos de las tazas y platos que habían quedado sobre la mesa. Afuera, junto a las tablas mismas, las voces gritaban: 'Sal, viejo arrastrado: aquí viene tu padre'. 'Sal, viejo; ora sí vamos a cogerte por las barbas'. Y brillaba intermitente, por entre los resquicios, la lumbre de los fogonazos, lo que parecía aumentar dentro de la choza la oscuridad, en la cual, a tientas, todos trataban de levantarse y defenderse.

Alargó don Venustiano el brazo para coger sus anteojos y ponérselos; pero, sintiéndose herido, se empezó a quejar. Le preguntó Aguirre Berlanga, que también se había incorporado:

—¿Le pasa a usted algo, señor?

—No puedo levantarme; tengo rota una pierna.

Suárez y Amador ya estaban en pie. Armados de sus pistolas intentaron salir. Frente a la puerta no había nadie; el ataque parecía venir sólo de la parte de atrás. Por un momento los disparos fueron tan próximos, que *dos de ellos parecieron producirse en la choza misma*. Se volvió Suárez. A tientas llegó hasta don Venustiano y le pasó un brazo por la espalda, para levantarlo y ayudarlo a salir. Quiso hablarle, quiso animarlo, pero advirtió entonces que del cuerpo que tenía sujeto no salía ya más que un estertor. Cerca y lejos seguían los disparos y los gritos.

Pasaron así diez minutos, quince, quizás veinte. Disminuía el tiroteo y aumentaban las voces. Suárez seguía sosteniendo a don Venustiano; sentía correr la sangre y vibrar en el cuerpo el estertor. Pero pronto rompió aquellas sensaciones y la oscuridad de la choza la cercanía de un grupo de asaltantes que llegaban a la puerta intimando rendición y ordenando que salieran todos los que estaban dentro. Alguien les informó que el Presidente se hallaba he-

rido, que podían entrar, que nadie haría resistencia. Los asaltantes les mandaron entonces encender la luz, y, encendida ésta, pasaron.

Los capitaneaba un hombre de quien después se supo que era pariente de Rodolfo Herrero. Entraron apuntando las carabinas, profiriendo injurias contra Carranza, cogiéndolo todo.

—¡A ver! ¡Dejen ahí al viejo! ¡Todos aquí! Don Venustiano agonizaba. Su estertor era un ronquido más y más grueso, que se iba yendo, que se iba apagando. Entró otro grupo, al mando de un capitán y a los gritos de ¡Viva Peláez! El capitán dijo que inmediatamente mandaría por un doctor. Todos callaron y esperaron. El estertor se hizo opaco y tenue. Don Venustiano expiró.

Vino entonces Secundino Reyes a hincarse de rodillas junto al cadáver. Lo acariciaba. Y él y Suárez estaban extendiéndolo en el suelo, y cubriéndolo con la manta que tenía cerca de los pies, cuando se presentó, con más gente, Miguel B. Martínez, el secretario de Herrero y Jefe de su Estado Mayor. Cogió el chaquetín de don Venustiano, el sombrero, el reloj, y dispuso que los ocupantes de la choza salieran a ponerse en fila con otros prisioneros.

Amanecía. Serían las cinco de la mañana. La niebla y la lluvia, ya menos copiosa, tamizaban la luz.

De este cuadro, muy bien dibujado, queda flotando una duda que se desprende de los dos tiros que "parecieron producirse en la choza misma". Es una forma discreta para la historia, y literariamente elegante, de abonar la posibilidad del suicidio de don Venustiano. La historia pide algo más. Sin duda alguna el tiro que desgarró la pierna de don Venustiano lo recibió de la primera descarga y fue de tal magnitud la hemorragia que pudo por sí misma causarle la muerte.

Por lo demás, queda firme el hecho del asalto origen de la tragedia. Las versiones sobre cuál tiro provocó la muerte de don Venustiano en manera alguna disminuye la responsabilidad de quien o quienes dirigieron y autorizaron el alzado.

El coronel Miguel B. Márquez publicó en 1940 un libro titulado *El Verdadero Tlaxcalantongo*. Se trata de un documento público de inestimable valor, puesto que el autor fue prominente actor en los preliminares y en el epílogo del drama. Su relato tiene las características de testimonio fehaciente y de confesión plena, lo que le da el carácter de prueba irrefutable, en los hechos mencionados sobre el asalto, y sobre quienes lo efectuaron.

Cuando se desarrollaron los acontecimientos era Jefe del Estado Mayor del general Rodolfo Herrero, además de fungir como su Secretario Particular.

Se infiere que estaba al corriente de cuanto sucedía, y dado su carácter oficial y su íntima amistad con Herrero, se deduce que a sabiendas compartió con su jefe la responsabilidad.

Veamos lo que dice en su obra en la parte relativa:

"Al incorporarse Herrero a la Columna del señor Carranza, seguramente que debe haber sido presentado a este señor por el general Mariel, y en todo el camino hasta llegar a Tlaxcalantongo, según informes de los testigos presenciales, colmó de atenciones al Presidente, a quien ayudaba a montar y desmontar del caballo, cuando era necesario hacerlo por lo accidentado y por las malas condiciones del camino, prodigándole tantas manifestaciones de afecto y respeto que impresionaron —quien sabe si favorable o desfavorablemente— al señor Carranza, porque Herrero se excedió en sus manifestaciones de adhesión hacia el Presidente; pero puede creerse, y yo lo aseguro, que su actitud era absolutamente leal y sincera hasta esos momentos, pues que si antes había resuelto apoderarse de la Plaza de Zacatlán como obregonista, fue debido a los informes que le dio su pariente Ernesto, respecto de las intenciones que atribuyó al teniente coronel Valderrábano; pero una vez que la comitiva llegó a su zona, el general Herrero se dio cuenta de que lo había engañado su pariente y por lo tanto tuvo el firme propósito de ser fiel al señor Carranza, porque de lo contrario, no se habría incorporado a dicha comitiva, ni menos la habría acompañado a Tlaxcalantongo, donde él personalmente anduvo alojando a todos, teniendo especial cuidado para el Presidente; distribuyó y colocó los puestos avanzados en los lugares más estratégicos y atendió los demás servicios militares en campaña. En todos estos detalles están de acuerdo los testigos presenciales.

Como a las 8 de la noche, llegaron a la casa de don Leonel el general Herrero y su pariente Ernesto, indicándome que habían acordado éste y su hermano Hermilo, que esa madrugada se atacara a la comitiva del señor Carranza en Tlaxcalantongo y me pidió mi opinión acerca del particular. Me causó mucha extrañeza y profundo disgusto este cambio tan inesperado e intempestivo del general Herrero; y al preguntarle por qué había tomado esa determinación tan indigna de un hombre como él, después de lo que acababa de hacer con el señor Carranza y haberse prestado a llevar a todos al lugar donde en esos momentos estarían descansando confiados en su lealtad, y traicionando con su determinación al general Mariel que había depositado en él (en Herrero), toda su

confianza, me contestó que tanto su hermano como Ernesto lo habían comprometido en tal forma, que se había visto obligado a consentir, aduciendo como una razón poderosa la de que casi todos los soldados que estaban a las órdenes del primero, andaban borrachos (lo que era rigurosamente cierto), y exigían que se llevara a cabo este ataque, lo cual no podía impedir por no contar con elementos suficientes para hacerlo.

Como dije antes, el general Herrero fue a consultar mi opinión acerca del pretendido ataque a la comitiva, y yo le manifesté que me oponía terminantemente a que se llevara a cabo, como ya nos habíamos opuesto antes el coronel Lechuga y yo a que en Patla la atacaran Ermilo y Ernesto; y seguí exponiéndole razones de tanto peso y convincentes a fin de que no cometiera acción tan villana y tan indigna de un hombre de su prestigio y valor, que su cuñado don Leonel se expresó más o menos en esta forma: 'hermano, lo que te dice don Miguel es la verdad y no debes oír más que lo que él te aconseje y no lo que te digan Ermilo y Ernesto y por lo mismo debes desistir de emprender el ataque que tienes dispuesto a Tlaxcalantongo'; pero ya estaba completamente sugestionado por sus parientes y no me valieron ningunas razones para convencerlo de que obraba equivocadamente y en forma contraria a su palabra empeñada; y sin hacer caso ya de lo que su cuñado y yo le decíamos, resolvió que se atacaría a Tlaxcalantongo esa misma madrugada, manifestándome que, en vista de que yo me oponía terminantemente al ataque, no fuera con ellos y que permaneciera ahí en La Unión, en espera del resultado; pero no acepté porque supuse que era exponerme a ser víctima del general Mariel, quien tenía que regresar al día siguiente y es seguro que no habría creído que yo permanecía en La Unión por haberme opuesto al ataque, y en el mejor de los casos, por lo menos me habría aprehendido.

Volvamos a los preparativos del ataque a Tlaxcalantongo. Eran más o menos las nueve de la noche del 20 de mayo, cuando después de la discusión sostenida sobre el mismo asunto el general Herrero y yo, discusión que presenciaron los señores Leonel Lechuga y Ernesto Herrero, como ya lo dije antes, dispuso el general que primeramente se escribieran dos cartas: una dirigida al general Obregón, a México, comunicándole que habiendo reconocido el Plan de Agua Prieta, esa madrugada, es decir el 21 de mayo, atacaría la columna del señor Carranza que había pernoctado en Tlaxcalantongo, y que oportunamente le daría cuenta del resultado de esta acción de armas; y otra, al general Mariel, a

Villa Juárez o donde se encontrara, dándole un aviso semejante y haciéndole ofrecimientos hasta cierto punto denigrantes y por lo tanto inadmisibles para un hombre de la lealtad del general Mariel.

Como a las once de la noche ordenó el general Herrero la marcha de la columna atacante, compuesta cuando más de 120 hombres mal armados y municionados, porque no trajo el contingente que habla en Progreso de Zaragoza; y en medio de una noche muy oscura y lluviosa nos pusimos en camino, la marcha fue penosa y difícil porque no se veía completamente nada y la lluvia era muy pertinaz. Hicimos alto como a la una de la mañana en un rancho de la propiedad del señor don Antonio Santos Morales, comerciante de Villa Juárez; descansamos unas dos o tres horas y como a las cuatro de la mañana se reanuda la pesada marcha hasta llegar a unos jacales, inmediatos al rancho indicado, donde formó su plan de ataque el general, organizando tres columnas para el asalto, en la forma siguiente: una al mando del mayor Herminio Márquez Escobedo (téngase en cuenta que los hermanos de Herminio fueron asesinados en Otlatlán por fuerzas de Barrios, estando en tratos para rendirse al gobierno), llevando como segundo jefe al capitán Facundo Garrido y Ernesto Herrero como agregado a la misma columna; la otra la mandaba el capitán Perfecto Medina, y la tercera, el de igual grado Alfredo Gutiérrez. Ordenó el general Herrero a cada jefe de columna que el ataque se hiciera simultáneo y por distintos rumbos del poblado, con la recomendación especial, so pena de un castigo muy severo, de que al señor Carranza no se le hiciera ningún daño y que en caso de caer prisionero se respetara su vida a toda costa y se le guardaran las debidas consideraciones.

Estas columnas avanzaron pie a tierra, pues la caballada se quedó en el jacal al cuidado del oficial Francisco Vega. El general y yo, con nuestros asistentes, nos quedamos como a un kilómetro de distancia del lugar del combate sin tomar parte en él, iniciándose el fuego como a las cuatro y media de la mañana; al principio muy nutrido, pero fue disminuyendo a medida que la resistencia era más débil, de tal modo, que como a las seis casi cesó el fuego, oyéndose de cuando en cuando tiros aislados hasta que reinó un completo silencio como prueba de que el combate había terminado. En efecto, a los pocos momentos se presentó al general el capitán Facundo Garrido, enviado por Ernesto y le dijo: "No tiene usted más novedad que se suicidó el Presidente y que ya tomamos el pueblo haciendo bastantes prisioneros y no sabemos qué hacer con ellos". Esta noticia causó muy mala impresión al general, expresando su pena por este suceso fatal e irreparable, ordenándome que inmediatamente fuera a

recibir los prisioneros, cuyas vidas debían ser respetadas y que las condujera después con toda clase de consideraciones y seguridades, hasta el jacal donde estaba la caballada; comisión que cumplí debidamente, entregando sin novedad como 60 ó 70 prisioneros, sin poder precisar el número de ellos, pues no fueron listados por la premura del tiempo.

Se recogieron muchos caballos, algunas pistolas y carabinas "Maüser", parque y otros objetos; y del jacal donde estaba el cadáver del señor Carranza, al que penetró Ernesto en compañía del mayor Herminio Márquez Escobedo y del capitán Facundo Garrido, se recogió una máquina de escribir portátil, los lentes del extinto señor Carranza, su pistola ensangrentada con tres cartuchos disparados y su maüser con la efigie del señor Carranza labrada en la culata. Del jacal donde se alojó el general Murgula, se recogió su reloj de oro, que como obsequio le hicieron sus subordinados en su día de su santo, según la inscripción alusiva que tenía grabada. Se recogieron además sus polainas, su guerrera y su fute".

En diversas ocasiones Herrero manifestó que no había matado a Carranza. Poco antes de morir insistió en su dicho.

Analizando los hechos sin prejuicios, con objetividad histórica que significa plena justicia, existen datos suficientes para situarlo en la posición que le corresponde.

Era Herrero el jefe de la tropa que atacó Tlaxcalantongo. Él ordenó el asalto sin participar personalmente. Delegó el mando en su hermano Ernesto y en su pariente Hermilo Herrero.

Puede haber sucedido, sin que existan constancias, que ordenara respetar la vida de Carranza.

Herrero era un militar con larga experiencia en el arte de la guerra, especialmente de guerrillas, donde la habilidad, el conocimiento del terreno y la audacia juegan importante papel.

No podía ocultarse a Herrero el riesgo inminente que corría Carranza.

Los atacantes conocían el lugar, superaban en número y armas a los atacados, la obscuridad era intensa, llovía y en las casuchas dormían amontonados los legalistas.

El fuego se concentró en el lugar preciso en que dormía Carranza. Las balas traspasaron las débiles tablas del cuartucho hiriéndolo de muerte. No hubo más heridos ni siquiera entre los que descansaban en el mismo cuarto. El tiroteo se prolongó durante varios minutos, como si hubiese la consigna de disparar al aire, con la intención de simular un combate.

Quienes salieron de los jacales para repeler el ataque no distinguían enemigo alguno. La obscuridad era tan intensa, tan compacta que podía cortarse con un cuchillo. En cambio podían ser alcanzados fácilmente por los disparos de los enemigos que previamente se habían posesionado de lugares dominantes, y cuando la confusión era mayor, irrumpieron estrepitosamente en medio del caserío.

Avisado el general Herrero de los sucesos, poco después se presentó en el lugar de los hechos asumiendo el mando personalmente.

Diez horas antes como soldado al servicio del gobierno, y como amigo, había dejado a Carranza y a sus acompañantes en aquel lugar.

¿A qué obedeció ese cambio tan radical? ¿Fue la consecuencia de un plan previamente meditado desde que se agregó a la columna de Carranza?

Los antecedentes del general Herrero lo acreditaban como hombre serio, responsable y de honor. Sin embargo en el momento cumbre falló. ¿Qué circunstancias motivaron esa situación?

Semanas antes del pronunciamiento de Agua Prieta lo visitó el general Alberto Basabe y Piña invitándolo a que se adhiriera a la revolución que encabezaría el general Álvaro Obregón, no aceptando. Días después le hizo semejante propuesta el licenciado Manlio Favio Altamirano, Diputado al Congreso de la Unión, negándose también. Cuando ya había estallado el movimiento, su hermano Ernesto y su pariente Hermilo le aconsejaron que se adhiriera al plan de Agua Prieta, decidiendo en esta nueva ocasión seguir fiel a sus deberes militares.

Tales antecedentes hacen presumir que en su lucha interna, hasta el momento de acompañar a Carranza a Tlaxcalantongo, había triunfado en su conciencia la lealtad.

El cambio se operó posiblemente a contar del momento en que, llamado con engaño por su jefe de Estado Mayor, dejó Tlaxcalantongo para ir a donde se encontraba su hermano, de quien se decía estaba herido.

La presión de los parientes fue de tal magnitud, que olvidando las distinciones recibidas del general Mariel, la disciplina militar, y las palabras de lealtad que horas antes había ratificado personalmente a don Venustiano, siguió el camino fácil, en esos momentos, de la desertión.

Su Jefe de Estado Mayor, en su obra mencionada, con crudeza describe la actitud de Herrero al decidir el ataque a la maitrecha columna del señor Carranza, y le echa en cara "haberse prestado a llevar a todos al lugar donde en esos momentos estarían descansando confiados en su lealtad, y traicionando con su determinación al general Mariel, que había depositado en él toda su confianza".

La tremenda requisitoria del coronel Márquez hunde al general Herrero, y se hunde también su acusador, a pesar de los esfuerzos literarios que hace para salvar su responsabilidad.

SEGUNDA PARTE

Con la inmolación del Presidente de la República, don Venustiano Carranza, concluía una etapa política y se iniciaba la consolidación del régimen emanado del Plan de Agua Prieta.

Para mis propósitos me ocuparé en especial del desenlace de la tragedia por cuanto hace a quienes, con el signo de la lealtad, siguieron a don Venustiano hasta la cumbre de la montaña, en donde un humilde pueblo sirvió de sombrío escenario a un acontecimiento cuya magnitud describirá la historia.

Al despertar, las débiles luces de un día húmedo, el 21, mostraron los efectos de un triunfo que no satisfacía a los vencedores, y de un dolor indefinible de los vencidos que borraba todo temor a las consecuencias futuras.

Setenta prisioneros, indiferentes a todos los peligros, rodeaban el cuerpo inerte del jefe. Emprendieron el camino a Villa Juárez, siguiendo a los indios que lo cargaron en una improvisada parihuela.

La imponente procesión atravesaba rancherías en medio de un silencio impresionante. Flores frescas eran depositadas por los indios sobre el cadáver. Una desteñida bandera nacional fue colocada por alguien al lado de las flores.

Custodiados los prisioneros no atendían a más preocupación que al féretro. Nadie hablaba. Los vencedores, cada vez más reservados, acabaron por respetar aquel silencio sumándose a la tristeza reinante.

Cerca ya de Villa Juárez, ordenó el general Herrero la libertad de todos los prisioneros. Antes procuró que firmaran una acta en la que se hacía constar que don Venustiano se había suicidado. Recurso absurdo, significativo del remordimiento que lo atocigaba y que lo martirizó hasta el fin de su vida.

Apenas si aquel acto significó para los prisioneros un poco de alivio físico. La tensión nerviosa y el agotamiento moral eran de tal categoría, que el cansancio físico, el ayuno y las molestias de la ropa mojada y los zapatos maltrechos, bien poco les importaban.

Continuaron la marcha ya sin la compañía de personas que no les eran gratas. A medida que se acercaban a Villa Juárez las demostraciones de condolencia aumentaban. De las casuchas salían gentes con flores que depositaban en el féretro. De los árboles prendían listones o simples trapos negros. Hombres y mujeres lloraban. Los indios solícitos se turnaban en el sostén de la parihuela.

Hicieron alto en el poblado de Xico, en donde esperaba a la columna el

general Francisco de P. Mariel, con fuerzas del teniente coronel Valderrábano, que guarnecía Villa Juárez y había permanecido fiel al gobierno. Se improvisó la capilla ardiente en un modesto edificio destinado a escuela. Se cubrió el cuerpo con la bandera nacional y se le rindieron los honores de ordenanza, disparándose 21 cañonazos.

Continuó momentos después la triste caravana, llegando en la noche —21 de mayo— a Villa Juárez.

En tanto se hacen los preparativos necesarios para que se practique la autopsia y embalsamamiento del cadáver, los amigos de Carranza envían el siguiente mensaje al general Pablo González con copia al general Álvaro Obregón: "Hoy a la madrugada en el pueblo de Tlaxcalantongo fue hecho prisionero y asesinado cobardemente, al grito de 'Viva Obregón', el Ciudadano Presidente de la República don Venustiano Carranza, por el general Rodolfo Herrero y sus chusmas, violando la hospitalidad que se le había brindado. Los firmantes de este mensaje protestamos con toda energía de nuestra honradez y lealtad ante el mundo entero por esta nueva mancha arrojada sobre la Patria.

"Cumplida la obligación que nuestra dignidad de soldados y amigos nos impone, nos ponemos a la disposición de usted y sólo pedimos llevar el cadáver de nuestro digno jefe hasta su última morada en esa capital, suplicándole ordenar se nos facilite un tren en Beristáin para tal objeto.—Atentamente.— Firmados: Generales: Juan Barragán, Francisco L. Urquiza, F. de P. Mariel, Federico Montes, Marciano González, Ignacio Bonillas; coroneles: M. Fernández, S. Lima, Arturo Garza, Librado Flores, Eustaquio Durán, Maclovio Mendoza, Victoriano Farías; mayor Ignacio Meza; capitanes primeros: Pedro Rangel, Ismael García, Raúl Fabela, Juan R. Gallo, Fermín Valenzuela; capitanes segundos: Santiago Kell, Ignacio M. Velita, Juan Sánchez, Mariano Gómez; tenientes: Pedro Montes, Juan G. Barrón, Manuel Robledo; subtenientes: Pascual Zamarrón, Wenceslao Cáceres, Tirso González".

A este telegrama contestó el general Obregón con otro, concebido en los siguientes términos:

"México, mayo 22 de 1920.—General Juan Barragán y demás firmantes del telegrama de ayer.—Es muy extraño que un grupo de militares que, como ustedes, invocan la lealtad y el honor y que acompañaban al C. Venustiano Carranza, con la indeclinable obligación de defenderle, hayan permitido que se le hubiera dado muerte, sin cumplir ustedes con el deber que tenían, ante propios y extraños, de defenderle hasta correr la misma suerte, máxime cuando sabe toda la nación que son ustedes precisamente los más responsables en los desgraciados acontecimientos que han conmovido a la República durante las últimas semanas y que ayer tuvieron el lamentable desenlace de la muerte

del C. Venustiano Carranza, muerte que encontró abandonado de sus amigos y compañeros, quienes no se resolvieron a cumplir con su deber en los momentos de prueba. Repetidas ocasiones se notificó al C. Carranza que se le darían toda clase de garantías a su persona, si estaba dispuesto a abandonar la zona de peligro; y él se negó a aceptar esta prerrogativa, porque creyó indudablemente que habría sido un acto indigno de un hombre de honor ponerse a salvo, dejando a sus compañeros en peligro. Este acto, que rebeló en el señor Carranza un rasgo de dignidad y compañerismo, no fue comprendido por ustedes. Solamente los firmantes del mensaje a que me refiero son treinta y dos militares y un civil; número más que suficiente, si hubieran sabido cumplir con su deber, para haber salvado la vida del señor Carranza, si es, como ustedes lo aseguran, que se trata de un asesinato; y tengo derecho a suponer que ustedes huyeron sin usar siquiera sus armas, porque ninguno resultó herido. Si ustedes hubieran sabido morir defendiendo la vida de su jefe y amigo, que tuvo para ustedes tantas consideraciones, se habrían conciliado en parte con la opinión pública y con su conciencia y se habrían ahorrado el bochorno de recoger un baldón que pesará siempre sobre ustedes.—Á. Obregón".

La rudeza del lenguaje empleado por el general Obregón en este mensaje acusa un estado de ánimo exaltado a la vez que una precipitada posición ante la historia cuando dice que si "hubieran sabido morir defendiendo la vida de su jefe y amigo... se habrían ahorrado el bochorno de recoger un baldón, que pesará siempre sobre ustedes".

¿Cabe hacer responsables a quienes, confiando en el honor y el deber de un hombre, son asaltados cuando dormían en condiciones físicas y morales desastrosas, precisamente por quien había ofrecido la más absoluta protección?

¿Qué hicieron los cientos de amigos del general Obregón, que festejaban su triunfo reeleccionista en el restaurante de la Bombilla, cuando fue arteramente asesinado ocho años después de estos acontecimientos?

¿Se le ocurrió a alguien tildar de cobardes o de improvisores a los amigos de Obregón que lo acompañaban en la misma mesa en que fue asesinado?

Podemos juiciosamente calificar de injusto el anatema que Obregón lanzó contra los amigos de Carranza. Y podemos también calificar de víctimas del propio Obregón a estos señores, puesto que él fue la figura de más relieve en el pronunciamiento militar que originó la tragedia final.

Si el miedo a morir de los amigos de Carranza fuese la causa de su asesinato no hubieran tenido la entereza de entregarse a los vencedores. El telegrama que contestó Obregón es un título de hombría patente.

Pero hay que agregar todavía, como inequívoca expresión de valor ciudadano y militar, la orden expedida por el general Francisco Murguía, al llegar a Nacaxa, cuya lectura escucharon todos en posición de firmes y fue cumplimentada literalmente. Este documento dice:

"Orden General Extraordinaria de la Columna Expedicionaria de la Legalidad expedida este día". Dice así:

"El General en Jefe de la Columna, teniendo en cuenta:

"Que en cumplimiento del deber marcado al Ejército Nacional, cuya función fundamental consiste en velar por la pureza de las instituciones, salió de México el día siete de los corrientes la Columna Expedicionaria de la Legalidad en unión del C. Venustiano Carranza, Presidente Constitucional de los Estados Unidos Mexicanos.

Que a través de la tierra de Puebla, el señor Presidente Carranza sucumbió a consecuencia de una de las más infames traiciones que registra la Historia Patria, de manera que el manto de la Legalidad ha sido desgarrado, y, por ende, ahora incumbe a la citada Columna, como lo está efectuando, llevar a México el cadáver del ilustre mandatario, que no desmayó en el camino de la salvación de los principios.

Que en las conciencias de todos y cada uno de los miembros que integran dicha Columna está la íntima convicción de que se ha cumplido fielmente con los deberes del buen ciudadano, tanto por lo que respecta a los que portan grados militares, cuanto por lo que hace a los meramente civiles, siendo de loarse en grado extremo la abnegación, lealtad y valentía de todos ya que lo mismo que el señor Presidente no sufrieron ningún desaliento en la marcha emprendida.

Que estando por terminar la misión de la expresada Columna, pues solamente resta acompañar el cadáver del señor Presidente a su última morada en la ciudad de México, es de absoluta justicia para los efectos de la Historia y para el precedente de la posteridad consignar en el presente documento un estímulo de honor a la par que de mérito para los integrantes de la propia Columna.

Por todo lo anterior expuesto, esta Jefatura de la Columna ha tenido a bien acordar:

Primero: Todas los miembros de la Columna Expedicionaria de la Legalidad marcharán a la ciudad de México en compañía gloriosa del cadáver del señor Presidente de la República, don Venustiano Carranza, a fin de depositarlo en su última morada.

Segundo: Efectuado el sepelio del señor Presidente, la Columna quedará disuelta, debiendo presentarse los militares a la Jefatura de la Guarnición de la Plaza de México para lo que disponga el Presidente Provisional que fuere nombrado de acuerdo con la Constitución de la República.

Tercero: Se hace una mención especial de todos los miembros de la mencionada Columna por su abnegación y lealtad al haber acompañado

al C. Presidente de la República en la marcha emprendida para salvar la Legalidad.—El General en Jefe, Francisco Murguía.

Lo que se hace saber a la Columna Expedicionaria de la Legalidad de orden superior.—Comunicada: El Coronel, Jefe del Estado Mayor, F. de León".

En cuanto a quienes sin reservas, sin solicitar previamente garantías, obedecen una orden militar que los obliga a entregarse a los vencedores, tratando de cumplir hasta el último momento con sus deberes de soldados y de amigos del Presidente, no puede en forma alguna ponerse en tela de juicio su pundonor y su lealtad.

La tragedia de Tlaxcalantongo tiene su epílogo espartano. Aquellos a quienes se llamó cobardes en un arranque de violencia, obedecen estrictamente la orden expedida por el general Francisco Murguía.

Marchan a la Ciudad de México "en compañía gloriosa del cadáver del señor Presidente de la República, don Venustiano Carranza, a fin de depositarlo en su última morada".

En lento caminar del tren van los fatigados "amigos de don Venustiano" rumbo a la capital. No discuten su destino ni les interesa su suerte. La traición los ha colocado en posición de víctimas a merced de las pasiones, que allá afuera del tren, abaten principios, encrespan ambiciones, y transforman las Instituciones a golpes de infidencias.

Llega el tren mortuario a la ciudad de México el día 24 de mayo. Previamente son detenidos por fuerzas militares los acompañantes del cadáver de don Venustiano, e internados en la Penitenciaría.

En el domicilio de la familia Carranza, de las calles de Lerma, es velado el cadáver y en la tarde, sin ceremonias oficiales, por disposición de las autoridades, parte el cortejo fúnebre rumbo al Panteón de Dolores.

Más de cincuenta mil personas forman la procesión, y al depositarse el ataúd en una fosa de tercera clase, como lo había dispuesto don Venustiano, se escuchó el Himno Nacional, cantado por millares de voces. Habían en esos solemnes momentos, exaltando las virtudes del señor Carranza, y condenando a los traidores, el licenciado Antonio Islas Bravo y el ingeniero Baltasar Fernández Cué.

Queda cerrada así una etapa histórica, que es para unos de gloria, y para otros de remordimiento y eterna pesadumbre, que no siempre la victoria va acompañada del honor y la justicia.

En rápida mención de sucesos, como una referencia adicional de valor histórico, anotaré las actividades sobresalientes del general Rodolfo Herrero, hasta su muerte.

El día 21 de mayo, posiblemente aturdido por la hecatombe de que había

sido protagonista, logró que un grupo de prisioneros subscribiera una acta en la que se hacía constar que don Venustiano Carranza se había suicidado. Documento sin valor probatorio alguno, porque había sido obtenido por la fuerza; pero elocuente por cuanto a que trataba a Herrero de esquivar la responsabilidad tremenda de la tragedia.

En el camino que lleva a Villa Juárez, Herrero se desprende de la columna, deja en libertad a los prisioneros, y temeroso de ser atacado por las fuerzas del teniente coronel Valderrábano, que había permanecido leal al gobierno constituido, busca el refugio de sus antiguas correrías. Llega ese mismo día a Progreso de Zaragoza, Ver., donde recibe noticias alarmantes del coronel César Lechuga. Le informa que el general Pablo González ha destacado fuerzas para que lo ataquen.

Aprovecha el tiempo para enviar telegramas al general Pablo González y al general Álvaro Obregón, haciendo relación a su gusto de los acontecimientos, insistiendo en que el señor Carranza se suicidó. Nervioso envía propios para que localicen al Jefe de Operaciones de Papantla. Se trata del coronel Lázaro Cárdenas, quien, en persecución de la columna de don Venustiano, se ha detenido a orillas del río Entabladero, que está crecido, precisamente ese día 21 de mayo, desconociendo los acontecimientos en que participara Herrero. Le envía un propio invitándolo a adherirse al Plan de Agua Prieta.

Encuentra Herrero la tabla de salvación. Emprende la marcha hacia Coautla, lugar al que se dirige también el coronel Cárdenas. Se ven, se saludan, y Herrero le informa de los sucesos; Cárdenas recoge la versión del suicidio con reservas.

El día 5 de junio llega a México Herrero. Sostiene con insistencia que don Venustiano se suicidó. La opinión pública está en su contra, a pesar de las fanfarrias del triunfo de Agua Prieta. Ya, ante el Juez Tercero Supernumerario de Distrito, al hablar del suicidio dice que a él, en realidad, no le consta, por no haber estado presente en el asalto.

Pasada la efervescencia del momento, se dejó a Herrero en disponibilidad en la ciudad de México. A fines de julio fue nombrado jefe del Sector Militar de Papantla, Ver., puesto que desempeñó hasta diciembre, pasando a México, por instrucciones del general Benjamín G. Hill, Secretario de Guerra, quien lo consignó a un Consejo de Guerra, como presunto responsable de los delitos de violencia contra las personas y homicidio.

Fue internado en la Prisión Militar de Santiago Tlaltelolco, a disposición del Juzgado Segundo de Instrucción Militar. El proceso se llevó a cabo dentro de los procedimientos rutinarios, y al final se decretó la libertad condicional de Herrero.

Días después, el primero de enero de 1921, el general Enrique Estrada, Ministro de la Guerra, substituto del general Hill, que había muerto, ordenó la

baja del general Herrero, por indigno de pertenecer al Ejército, en virtud de haberse valido de medios contrarios al honor para atacar al señor Carranza y a su comitiva en Tlaxcalantongo.

A fines de 1923 estalló la Revolución encabezada por don Adolfo de la Huerta, alistándose Herrero en las filas del gobierno. Su actuación le valió entrar de nuevo a formar parte del ejército. Participó al lado del general Almazán contra la rebelión dirigida por el general José Gonzalo Escobar en 1929, continuando en servicio activo hasta el año de 1938, en que, siendo Presidente de la República el general Lázaro Cárdenas, se le dio de baja por indigno de pertenecer al Ejército Nacional.

Retirado de toda actuación militar, se radicó definitivamente en Monterrey. Había, años antes, colaborado estrechamente con el general Almazán, durante su gestión como jefe de esta Zona Militar, muy especialmente en la construcción de la Ciudad Militar.

Nunca se hizo notar su presencia en Monterrey, ni en su carácter de militar en servicio activo, ni posteriormente cuando no tenía jerarquía alguna militar.

Su retraimiento fue tan acentuado, que, cuando por alguna causa se le mencionó públicamente como residente en Monterrey, causó sorpresa general. Así pasaron alrededor de treinta años.

En diversas ocasiones la prensa se ocupó profusamente de los acontecimientos de Tlaxcalantongo, especialmente en los aniversarios de la tragedia, mencionándose en todas las ocasiones el nombre de Rodolfo Herrero, como el responsable. El guardó siempre un mutismo impenetrable, salvo en el caso de una entrevista que le hizo la revista *Impacto*, que dio lugar a la intervención de numerosas personas, por su conocimiento personal de los acontecimientos.

La importancia histórica de las diversas versiones emitidas entonces —julio y agosto de 1958—, provenientes de personalidades de intachable rectitud, que por otra parte fueron protagonistas de los hechos, producen la impresión de que fue el general Rodolfo Herrero el responsable directo del asesinato del Presidente don Venustiano Carranza, con los agravantes de premeditación, alevosía y ventaja, que configuran en el caso el delito incalificable de traición.

Insertaré algunos párrafos de los escritos en cuestión, que hablan con sobrada elocuencia de este acontecimiento.

Las declaraciones de Herrero se contienen en la relación dramatizada que hace el Señor Carlos Lamayo Lizárraga, jefe de redacción de *Impacto* en la edición del 6 de agosto de 1958.

Nada existe de seriedad, nada que pueda calificarse siquiera como atenuante. Se concreta a repetir que no tenía por qué "matar al viejito", que antes

bien se proponía salvarlo y por eso atacó Tlaxcalantongo. Argumento trivial y absurdo.

Entre sollozos y ademanes forzados Herrero dice: "Sí, señor, aquello fue horrible. Llovía mucho, la noche estaba cerrada, fría. Hubo muchos tiros. Yo sabía cómo estaba dispuesto todo. Ordené a un primo mío que se encargara de sacar de su choza al viejito y que con su vida me respondía de la suya. Yo estaba dispuesto a arrebatarlo a aquéllos al señor Carranza, para salvarlo. Pero a los pocos minutos mi primo se me acercó entre el tiroteo y me dijo que el viejito estaba "frío". No lo creí, señor. No podía creerlo. Me metí en la choza y, efectivamente, el Presidente estaba muerto; en su mano derecha tenía una pistola".

Difícilmente se pueden amontonar en una declaración tan breve tal cantidad de inexactitudes y contradicciones. Siempre había dicho Herrero que él se quedó a un kilómetro de distancia del poblado; y que uno de sus ayudantes le fue a avisar que don Venustiano se había suicidado. Ahora resulta participando en el asalto. Y olvida que perpetrado el crimen rindió parte telegráfica, que en lo principal dice: "Cerro Azul, Puebla, vía Huauchinango, el 22 de mayo de 1920. Of. 9.20 a.m. C. Gral. de Div. Pablo González. México, D. F. México, D. F.—Muy urgente.—Hónrome participar a usted que por falta de noticias y comunicaciones, hasta estos últimos días reconoció el Plan de Agua Prieta, adhiriéndome con doscientos hombres a mis órdenes, dependientes de la División General Manuel Peláez. En tal virtud y con objeto de aprehender señor Carranza y principales acompañantes, a las tres y media de la mañana de ayer atacué con ochenta hombres y logré tomar el pueblo de Tlaxcalantongo, del distrito de Huauchinango, donde hallábase de paso para el norte de la República, donde pretendía establecer su gobierno citado señor Carranza y su comitiva, escoltado por fuerzas general Francisco Murguía. Viéndose perdido el C. Carranza y comprendiendo que era inevitable que caería prisionero, suicidóse, disparándose un balazo en el pecho con su propia pistola, que conservo, la cual aún tiene sangre en el cañón".

Por fin, ¿con quién estaba Herrero? No puede darse crédito a las palabras pronunciadas después de 38 años de los acontecimientos, cuando los hechos hablan con claridad absoluta. Lo cierto es que los remordimientos no dejaron a Herrero un instante tranquilo.

Se enreda Herrero en la madeja de mentiras que cuenta. Luego dice: "Ellos los que lo acompañaban, son los responsables. ¡Los únicos responsables de la muerte del viejito: No supieron cuidar y defender a su Jefe!"

¿De quién debían defender al Jefe sus acompañantes? Al honor militar de Herrero se había confiado todo. Y fue él precisamente el que efectuó el ataque. Fue él quien distribuyó las guardias, y él quien destinó el lugar en que debía dormir don Venustiano.

Pero veamos algo de las réplicas que le endilgaron algunos de los testigos, personas de solvencia moral indiscutible.

El teniente coronel Aarón Valderrábano, jefe de la guarnición de Villa Juárez, en los tiempos históricos de Tlaxcalantongo, uno de los pocos militares que permaneció fiel a Carranza dijo a *Impacto* —julio 30 de 1958:

"Al saber yo que la expedición del señor Carranza había abandonado los trenes en Aljibes y se internaba en mi zona, llamé a Herrero y lo cominé, como hombre y como soldado, a que me dijera si realmente nos era leal. Y Herrero lloró ante mí, me abrazó y me juró su decisión de permanecer al lado del Presidente Carranza. Como aconteció con el general Mariel, yo también creí en Herrero. . . Pero ese día —20 de mayo— Rodolfo fue localizado por su primo Ernesto Herrero, quien seguramente le transmitió las órdenes de asesinato. Lo que siguió bien se sabe, en la madrugada del 21 Rodolfo y sus hombres cometieron el crimen. . . Todos los integrantes de la expedición dieron pruebas de valor y lealtad al acompañar al Presidente hasta Tlaxcalantongo. ¿Que en los momentos del atentado nada hicieron? Cierto, pero ¿qué podían hacer? Todos estaban agotados, hambrientos, deshechos, eran casi cadáveres. . . En mi concepto nada ni nadie podrá lavar la mancha de traidor a Rodolfo Herrero, supuesto que al cometerla se encontraba sometido al gobierno que presidía el extinto Presidente Carranza, y es imperdonable que al encontrarse en estas condiciones trate de disculparse diciendo que como soldado recibió órdenes superiores, ya que, en realidad, el general Obregón era un rebelde".

El periodista e historiador, de tajante pluma y briosa acometida, don Roberto Blanco Moheno expresa —*Impacto*, julio 30 del 58—: "Herrero, antes de presentarse a Carranza, está ya dispuesto a matarlo. En este sentido, en el de atacar a la columna, no tiene más responsabilidad que es bien grande por cierto —que la de todos los otros militares— que se levantaron a favor de Obregón. Cárdenas mismo subió la sierra para atacar la columna presidencial; pero la hubiera atacado de frente, en plan de guerra, como soldado levantado en armas, sin más delito legal que el de rebelión. Lo malo, lo repugnante en Herrero, es que antes de matar fingió lealtad, fue servil con el Presidente. Herrero sirvió de palafrenero a don Venustiano, lo aposentó en la choza de Tlaxcalantongo, dobló el espinazo, resumó baba servil. Y se ausentó luego. Lo demás ya se sabe". . .

La versión inadmisible del suicidio, la opinión autorizada del Dr. José Sol Casao, perito del Servicio Médico Legal de México, la destruye:

"Don Venustiano estaba acostado sobre el lado derecho de su cuerpo. La mano izquierda reposaba cerca de su corazón, en tanto que su pierna izquierda se encontraba semidoblada sobre la derecha. Cuando sonaron los disparos

él estaba profundamente dormido. No tuvo tiempo de levantarse, mucho menos defenderse. Dormido fue victimado. Los disparos partieron desde dos ángulos distintos, a una distancia que fluctúa entre los 5 y los 10 metros. Dos disparos partieron desde el ángulo derecho del jacal, mientras otro vino del ángulo izquierdo. De aceptar la falsa teoría del suicidio tendríamos que aceptar, también, que don Venustiano Carranza, dormido cogió dos pistolas, estiró y abrió sus dos brazos hacia cada uno de los rincones, así, hasta una distancia de cinco o diez metros y siempre dormido se disparó para matarse. Lo cual es enteramente imposible, sino burdamente fantástico".

El licenciado don Armando Z. Ostos, en larga y fundamentada exposición —*Impacto*, agosto 6-58— formula once conclusiones, de las que, para el caso transcribo las 7a, 8a. y 9a.

"Séptima: Existe prueba plena, en cuanto a que Rodolfo Herrero, influenciado por su hermano Hermilo, ordenó en 'La Unión' en la noche del veinte de mayo de mil novecientos veinte, que sus secuaces dieran el 'albazo' de Tlaxcalantongo, en la madrugada del veintiuno de mayo de mil novecientos veinte, como lo efectuaron, al grito de 'Viva Obregón'."

"Octava: Existe prueba plena, en cuanto a que Facundo Garrido, Hermilo y Ernesto Herrero fueron los asesinos materiales del Presidente Carranza".

"Novena: Existe prueba plena en cuanto a que Rodolfo Herrero, por su propia decisión, fue un abominable traidor, al ordenar y encabezar el mencionado 'albazo'."

Un testimonio de alto valor es el del teniente coronel Ignacio Suárez, ayudante del Presidente Carranza, quien estuvo de guardia en el jacal que el señor Carranza ocupaba. Con la sencillez de quien dice la verdad el señor Suárez explica:

"El señor Presidente preguntó a Herrero:

—¿Dónde está su gente? Herrero contestó: —Están allá arriba en la montaña; cuidando el paso de usted, señor Presidente, y el de la Columna. Dicho esto se reanudó la marcha y tengo entendido que el señor Presidente siguió conversando con Herrero acerca de la región. Adelante y en un lugar más amplio tuvo necesidad el señor Presidente de desmontar, y su asistente el buen Secundino Reyes se acercó para sostener el caballo y que bajara con comodidad; pero Herrero, con una atención extremada, estuvo sosteniendo el estribo de la silla del caballo y cuando el señor Presidente volvió a montar, continuó Herrero con sus demostraciones de respetuosa atención, no permitiendo casi que Secundino Reyes interviniera.

Como entre cuatro y cinco de la tarde llegamos a Tlaxcalantongo, bajo la lluvia y espesa neblina; pasamos frente a la iglesia del lugar, la que se encon-

traba en ruinas, pues estaba destechada y el piso cubierto de cascajo, etc. Herrero dirigió al señor Presidente hasta un jacal ubicado casi en el centro de esa meseta, rodeada en su mayor parte por profunda barranca, y llegando a dicho jacal —de paredes muy delgadas, poco más gruesas que un 'tejamanil'— le dijo al señor Presidente: 'Esta es la mejor casa del lugar y aquí podrá pasar, con seguridad, la noche'. El señor Presidente desmontó con las atenciones extremadas de Herrero, y también apeó el señor general Murguía; iba yo también a desmontar cuando el señor general Murguía me ordenó: 'Acompañe usted al general (Herrero) y preséntelo Ud. con el coronel Fernando de León para que de acuerdo con Herrero que conoce muy bien el lugar, sitúen las avanzadas'. Así lo hice y regresé al alojamiento del señor Presidente y le di parte al señor general Murguía de que había cumplido su orden.

Todo el que conoció al señor Presidente Carranza, admiró su fortaleza física, que le hacía superar en muchos aspectos a personas veinte años más jóvenes que él. El señor Presidente Carranza, al morir, contaba sesenta y un años de edad escasos. Hombre norteño de recia musculatura, acostumbrado desde su juventud a lidiar con las desérticas tierras de Coahuila, a su edad bien podía llamarsele pleno de juventud, y apelo al testimonio de los que lo trataron ya en la campaña en contra de Huerta, después en contra de Villa, y, en todo momento fue el Jefe erguido con el don de mando innato y superior a todas las adversidades; es, pues, ridículo el lodo que lanza Herrero acerca de tal HOMBRE, llamándolo 'viejito' en la consabida entrevista de la que es objeto la presente".

En la misma edición de *Impacto*, aparece un artículo del señor Raúl Moraboto, que en lo conducente dice:

"Si se convocara a un plebiscito nacional para determinar quién fue el autor de semejante crimen, puede tener la seguridad 'El Viejito RODOLFO HERRERO, que sería señalado él como el principal representante de ese crimen, y además como un traidor más grande que VICTORIANO HUERTA, ya que pocas horas antes había jurado adhesión al Primer Jefe y ganándose la confianza de los componentes de la comitiva del señor Carranza. El propio criminal declara que cuando él llegó a la choza en donde dormía el señor Presidente, éste, irónicamente declara, ya estaba 'frío', pero yo considero que solamente fue ahí para comprobar que ya había cumplido su cometido y esperar el gran premio que le otorgarían los vencedores a cuyo frente figuraba el general Obregón, patrón de la Huelga de Generales".

La incisiva prosa del licenciado Luis Cabrera describe un panorama que no deja lugar a dudas sobre la calidad moral de Herrero: —*Impacto*, agosto 13-58:

"Estando en La Unión y, en vista de que ahí había algunas casas de mampostería y una tienda bien surtida de comestibles, le pregunté a Herrero si no convendría que esperáramos a Mariel en La Unión. Me contestó que era preferible que no nos quedáramos allí, porque estaríamos expuestos a un ataque que viniera del rumbo de Xico; pero que nos quedaríamos esa noche en Tlaxcalantongo, 'lugar muy seguro y estratégico y donde hallaríamos bastante que comer y pastura para los caballos'. Esta fue la segunda vez que oí el nombre de Tlaxcalantongo, y con este motivo procuré localizarlo en el mapa que yo llevaba y donde había ido marcando las jornadas. —Desde La Unión hasta Tlaxcalantongo, Herrero acompañó al Sr. Presidente cabalgando a su lado y conversando con él—. Ni durante el camino de Patla a La Unión, ni en La Unión misma vimos fuerzas organizadas ni soldados de los de Herrero. Este se presentó solo al señor Carranza y siguió acompañándolo solo, sin hacer aparecer fuerzas suyas. —Llegamos a Tlaxcalantongo como a las 5 p.m.— Al llegar, nos encontramos con que la mayor parte de las chozas estaban vacías y que casi todos los vecinos del pueblo se habían ausentado, de modo que no había tales viveres para la gente ni tales pasturas para las cabalgaduras. Esto me chocó.

"Yo tenía razones personales para desconfiar de Rodolfo Herrero, pero estas razones no tenían nada que ver con los hechos que estaban verificándose, sino que derivaban de sus antecedentes. Herrero jamás había sido revolucionario sino que, por el contrario, fue siempre un enemigo del Constitucionalismo. Su carrera política y militar la había iniciado organizando el batallón 'Blanquet' de voluntarios de Zacatlán, en tiempo de Huerta, habiendo permanecido alzado en armas contra la Revolución durante los años de 1914 a 1919, hasta su rendición, que ocurrió en los mismos días en que comenzaron a rendirse otros rebeldes, al estilo de Rodolfo Cejudo.

"A la mañana siguiente, serían las tres y media, nos despertó el tiroteo. No se oyeron, primero, tiros aislados y lejanos como de avanzadas que vinieran acercándose poco a poco hasta llegar a los principales jacales del poblado, sino que el asalto fue simultáneo en todo el pueblo. Es indudable que los asaltantes habían penetrado en la oscuridad de la noche hasta la proximidad de los jacales y comenzaron los disparos ya dentro del pueblo. Lo mismo debe decirse de los gritos de guerra con que se acompañaba el tiroteo: 'Viva Peleáez', 'Viva Obregón', 'Muera Carranza'. De esto no me cabe ninguna duda".

Y llega el turno al general Marciano González, que sabe hablar con honrada claridad, valor civil, y sin tapujos. Fue de los leales de verdad, de los que llegaron hasta el final, de los que pregonaron su Carrancismo siempre, y lo sigue pregonando. Perdió su carrera política, ¡y qué!, antes que el vuelo embriagador de las alturas ha sabido conservar el honor sin claudicaciones.

Ha sufrido largo calvario; pero sus legítimos timbres de lealtad, valen más, mucho más, que los beneficios que pudo adquirir con algo de flexibilidad para adular a los poderosos. Dice el general González —*El Gráfico*, agosto 22-58—:

"Al despertar en la nefasta madrugada, al ruido de las descargas de los rifles asesinos, y al tratar de localizar el jacal en que quedaron el C. Presidente y sus acompañantes, varios de los que intentaron, cayeron prisioneros. Era humanamente imposible, en aquella obscuridad, organizar grupo alguno de defensa. Nadie sabía dónde estaban los nuestros y dónde el enemigo. Nuestras esporádicas descargas eran más bien al aire, temerosos siempre de disparar sobre los compañeros de la reducidísima caravana.

"Vive en mí un propósito, una convicción que tiene actividades y abarca conexiones con recuerdos e imágenes, que procuro encarnar en la más pura de las verdades, aun contra mí. Y en este caso afirmo que ésta, mi verdad, está limpia de pasión, vivida hace 38 años en el escenario doloroso de la realidad, y la doy como verdad auténtica y permanente para la Historia.

"El soldado sin lealtad, condición ideal que nunca debe caducar, es flama sin calor, y la acción de Herrero, al quitar al C. Presidente de la República, unánimemente condenada, es desviación tácita de esa virtud, que constituye el linaje de todo ejército.

"No quiero terminar sin protestar enérgicamente por el concepto ligero y necio de que hubo cobardía de nuestra parte. Me ufano de no ser un bravucón, ni un matasiete, pero no soy tampoco, ni lo he sido jamás, un cobarde. No tengo imaginación de héroe, pero sí armonía moral y una fuerte reserva de altivez que me brindan facultades de dignidad y valor.

"Por esa dignidad, por conciencia de deber, gratitud y valor, acompañamos unos cuantos hombres, al señor Presidente Carranza, a sabiendas de los mil riesgos y de que podíamos quedar muertos en cualquier recodo del camino. Como soldados nos era indigno alejarnos de su lado cuando escuchábamos el tropel de las caballerías que lo perseguían furiosamente como si fueran bestias en celo.

"Y ahora, no importa la nueva faz y el sorprendente aspecto que Rodolfo Herrero dé, como presente de aquellos acontecimientos, pues de cualquier manera le resultan condenatorios. La culpa del asesinato del Presidente Constitucional de México, don Venustiano Carranza, es toda suya. Nadie le aplicó tormento, ni le arreó a latigazos, ni le hizo sentir el frío de las bayonetas empujándolo al crimen. El creyó en la impunidad, en el premio, en la alegría de gozarlo, y suya fue la culpa de consumir su propio deshonor y cargar para siempre con el estigma y la vergüenza de tamaña traición".

El buen juicio del lector dictará su opinión, que la historia se encargará de establecer la verdad desnuda de toda ficción.

Llegó la hora suprema a Rodolfo Herrero; en la ciudad de Monterrey, expiró, a las 14 horas del 26 de enero de 1964. Día frío, destemplado, envuelto en brumas, que lo hacían más triste.

Lo que fue su hogar por largos años —San Jerónimo 1016—, de ordinario quieto, se estremó ante lo fatal. Su abnegada esposa, doña María del Rosario Peña y sus hijos Beatriz y Aurelio, unieron su dolor para elevar una plegaria a Dios por el descanso de su alma.

Cuando, al día siguiente, fue colocado el féretro en la sepultura del Panteón de Dolores, no hubo ceremonia alguna. Se escucharon algunos sollozos, y los pocos acompañantes desfilaron lentamente embargados por un silencio angustioso.

CÓMO SE LLEGÓ AL "MODUS VIVENDI" DE 1929

JOSÉ BRAVO UGARTE, S. J.
México, D. F.

NI FRONTA, NI FÁCIL, ni satisfactoriamente pudo llegarse en 1929 al *modus vivendi* en que remató la más aguda crisis que ha pasado la Iglesia Mexicana, esto es, el conflicto religioso que empezó en 1926. La situación era tempestuosa por lo exaltado de las pasiones en una y en otra de las partes contendientes; y caótica, entre los católicos, por las divisiones que surgieron entre ellos acerca de lo que debía hacerse. Prevaleció, al fin, la solución práctica de un "modus vivendi". Expondremos sólo, sumariamente, las negociaciones que a él condujeron con sus antecedentes y circunstancias principales.

Como se sabe, las negociaciones fueron iniciadas y dirigidas hasta su término por el embajador Morrow de los Estados Unidos. De ahí, que casi todas las fuentes documentales, en su original o en copias auténticas, aun las procedentes de México y de Roma, se hallen en ese país. Es preciso, sin embargo, completarias con las de los dos últimos países.

Muy completa investigación en archivos estadunidenses hizo la religiosa dominica M. Elizabeth Ann Rice para su tesis doctoral, impresa en 1959, intitulada *The Diplomatic Relations between the United States and Mexico, as affected by the struggle for religious liberty in Mexico, 1925-1929*, y presentada en la Universidad Católica de Washington, D. C. Comprendió principalmente: el Archivo del Departamento de Estado, el de Morrow en Amherst College, Mass., y el de Daniels en la Biblioteca del Congreso de Washington. En el de Morrow encontró fragmentos del Diario del P. Burke, que intervino por parte de la Santa Sede en las primeras negociaciones; y en el de Daniels la correspondencia Burke-Clark-Daniels. En el desarrollo de la tesis, incurrió, sin embargo, su autora en algunas inexactitudes y confusiones, que se indican en el artículo relativo a ella de Bravo Ugarte en *Revista de Historia de América* (jun. 1960, p. 256).

En México es importante en la materia, el Archivo del Comité Episcopal